1033

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

BAJO EL CRISTO DEL PERDON,

LEYENDA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON MANUEL CANO Y CUETO

Y

DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES:
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1881.

7

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
COMEDIAS.			
Cambio de papeles	1	D. José María Rincon	Todo.
Copias del natural ó la plaza de San Ildefonso	1	Enrique Zumel	»
Cuestion de táctica	1	F. Flores García	»
Don Ramon y Don Julian	1	R. G. Santisteban	»
El nacimiento de Tirso	1	F. Flores García	»
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray	»
Fieras domestica amor	1	Enrique Zumel	»
Hasta mañana	1	Ceferino Palencia	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce	»
Los vidrios rotos	1	F. Flores García	»
Por un ángel	1	E. Jackson Cortés	»
Por fin atrapé un marido	1	Guillermo G. Nieto	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes	Mitad.
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués	»
Táctica moderna	1	F. Flores García	Todo.
Tarde y con daño	1	E. Navarro	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar	»
Último adios	1	Eusebio Blasco	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García	»
Choque y descarrilamiento	2	F. Flores García	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson	»
Juego de Damas	2	D. P. Moreno Gil	»
La madre de la criatura	2	F. Flores García	»
La vocacion	2	Tomás Saavedra	»
Navegar á todos vientos	2	F. Flores García	»
Por fuera y por dentro	2	D. Miguel Echegaray	»
Tribunales de venganza	2	D.ª R. de A. de Laiglesia	»
Administracion pública	3	D. Enrique Gaspar	»
Angel	3	F. Javier Santero	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo	»
El cuchillo de plata	3	Vidal V. y Roca	»
El tonto de Panerot	3	Antonio Roig	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray	»
La madre del comunero	3	E. A. y Martinez	»
La muerte en los labios	3	José Echegaray	»
Mendoza y Compañía	3	Sres. Navarro y Dalmau	»

BAJO EL CRISTO DEL PERDON.

BAJO EL CRISTO DEL PERDON,

LEYENDA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON MANUEL CANO Y CUETO

Y

DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 3 de Febrero de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
ESTRELLA....................	Srtas.	Mendoza Tenorio.
ISABEL......................		Gonzalez Calderon.
CÉSAR.......................	Sres.	Calvo (D. Rafael).
LORENZO.....................		Vico.
EL CONDE....................		Jimenez.
Pajes y criados.		

La accion pasa en Salas de los Infantes.
Reinado de Cárlos V.

Nota. Los versos marcados con asterisco pueden suprimirse en la representacion.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
Los autores se reservan el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galeria Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. GONZALO DE SAAVEDRA,

MARQUÉS DE BOGARAYA.

Gratitud y cariño de

Los Autores.

611045

ACTO PRIMERO.

La escena representa una estancia del castillo del Conde. Arquitectura de carácter severo. Á la derecha del espectador, en primer término, una chimenea grande encendida. En segundo término una puerta. Á la izquierda, primer término, otra puerta. En segundo una ventana practicable. En el fondo la puerta principal. Los lados oblícuos ó chaflanes comprendidos entre los planos en que están la puerta y la ventana fronteras, y en el que se abre la puerta del foro, estarán cubiertos por tapices flamencos. El tapiz de la izquierda ocultará otra puerta practicable, con hojas de roble tallado. Esta puerta da á un oratorio. Mesa y asientos de roble y cuero. Es de noche. Sobre la mesa una lámpara de la época, y sobre la chimenea un cándil, ambos encendidos.)

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, ESTRELLA, LORENZO. Éste junto á la chimenea atizando el fuego; Isabel sentada junto á la mesa, Estrella á su lado.

ISABEL. ¡Cuánto tarda nuestro padre
esta noche!

EST. Es la primera
vez que quita los encantos
á la velada su ausencia.

LOR. Luégo no sabeis?...

ISABEL. La causa
por la que solas nos deja?
No.

EST. Muy grave debe ser
si en estas horas sus penas,
cual dice, en nuestras caricias
consuelo y alivio encuentran.

LOR. Llegó esta tarde al castillo
pasada del sol la puesta
gentil mancebo...

EST. Le ví.

LOR. Le viste?

EST. Veloz centella
su corcel me parecía
del valle al cruzar la senda.

LOR. Por el conde mi señor
preguntó con insistencia;
fué conducido á su cámara
y...

ISABEL. Há tanto tiempo conversa
con él...

LOR. Cuando no ha venido....

ISABEL. (Levántase y se acerca á la ventana.)
Hermana mia, ven.

LOR. (Contemplándolas.) (¡Ellas
pueden ser felices .. él
y yo jamás!... sus tristezas
las borra el tiempo y se avivan
más con el tiempo las nuestras!)

EST. Salir le verémos.

ISABEL. Sí. (Abre la ventana.)

LOR. ¿Qué haceis?

EST. Ya lo ves.

LOR. Si hiela!

EST. Tienes frio?

LOR. Pues no miras
la nieve que llevo á cuestas?

ISABEL. Contempla, Estrella, qué noche
tan apacible y serena.

EST. *Mira el caudaloso Arlanza
*que el ameno valle riega

*cómo al brillar de la luna
*sierpe de plata semeja
*que se desliza y esconde
*bajo la verdura eterna
*del pinar, que da á las auras
*sus resinosas esencias.
Mira el santo monasterio
que se alza sobre la vega;
faro parece del valle
y que al cielo el valle acerca.

ISABEL. Allí el olvido, la calma;
aquí el recuerdo, la pena!

EST. Hermana!

ISABEL. Estrella, perdona,
pero mi dolor recuerda,
que aquí, desde esta ventana,
la despedida postrera
cada noche daba á Felix...
que aquí clavada esa senda
le miraba atravesar,
despues cruzar esa vega,
pasar ante el monasterio
y perderse entre la niebla.
¡Hoy con qué tristeza miro
el sendero que blanquea
entre esos negros pinares!...

LOR. (Abismado en sus meditaciones.)
¡Quién memoria no tuviera!

EST. Tal vez por ese camino
marchóse tu hermano César.

ISABEL. Ya no volverá mi Felix.

EST. (¡Dios mio! que César vuelva!)

LOR. (Se levanta, toma el candil que está en la chimenea y se dirige hácia el oratorio deteniéndose á los pocos pasos. Isabel llora y Estrella la abraza.)
¡Ya es hora!

EST. ¡Hermana del alma!

LOR. (¡Oh Cristo! ¿por qué me aterra,
por qué tu santo recinto
hiela la sangre en mis venas?)

EST. Ven, junto al hogar oigamos

alguna antigua conseja
al viejo hidalgo escudero
mientras tu buen padre llega.
Él distraerá tus dolores.

LOR. (¡Voto al infierno! Me afenta
este pavor... ¡Vamos!...)

EST. ¡Qué!
¿tambien Lorenzo nos deja?

LOR. Voy al oratorio...

EST. Sí;
bien tu rostro lo demuestra.

LOR. (¡Y ella rie? ¡Dios me asista!)

EST. Pero no te da vergüenza,
buen Lorenzo...

LOR. Habías de ser
tú la que...

ISABEL. (Interrumpiéndole.) Siempre con ella
adusto!

LOR. ¡Yo adusto!...

EST. ¡Siempre!
¿Le doy motivo de queja?
Y ahora... ya ves... sólo trato
de curarle su demencia!

LOR. (Demencia!)

EST. Siempre á estas horas
ve un alma en cada luciérnaga,
en cada sombra un vampiro,
una bruja en cada almena,
en esa lumbre un infierno,
y en el tapiz de la puerta
del oratorio el fantasma
que le enloquece y aterra!
(Lorenzo, cuya sombra se proyecta en el tapiz, vuelve la cabeza rápidamente sin disimular su pavor, que excita la risa de Isabel y Estrella.)

LOR. (¡El fantasma!) Ira de Dios!...
Ni de burlas ni de veras
hableis de eso... ¡y ménos tú!
(Sombriamente á Estrella.)

ISABEL. Pero es posible que creas...

LOR. Arcanos incomprensibles
hay que el hombre no penetra.

Sí, yo lo he visto en cien noches
de pavor el alma opresa
desde mi estancia á través
de las pintadas vidrieras
de ese oratorio... Lo he visto
surgir en él, cuando lentas
allá en la torre vecina
doce campanadas suenan.
*Y á su aparicion la lámpara
*que al Cristo ilumina, tiembla,
*su luz oscila... el espectro...
*la vision... la sombra horrenda,
*ya rápida se agiganta
*ya poco á poco se amengua,
*ya rígida se dibuja
*sobre el muro, ya huye trémula,
*ya se alza altiva ante el Cristo,
*ó ante sus piés se posterna.
¡Soy viejo, mas fuí soldado!
¿Cómo me porté en la guerra?
vuestro padre el noble conde
que estuvo conmigo en ella
lo diga, que la alabanza
envilece en propia lengua.
Sé luchar contra los vivos,
mas con los muertos que dejan
sus tumbas... ¡Ah, del soldado
el valor á tal no llega!...

Est. Pero...

Lor. Por favor te pido
que hables con respeto, Estrella,
de mis asombros. Serán
nubes de mi inteligencia,
serán antojos mentidos,
serán... serán lo que quieras;
respétalos.—Tú, hija mia, (Á Isabel.)
bajo el Cristo llora y reza,
que cayendo allí tu llanto
quizás bendecido sea!

(Estas últimas frases con solemnidad. Despues lentamente marcha hácia el oratorio en el cual entra.)

ESCENA II.

ESTRELLA, ISABEL.

EST. Qué loca supersticion!
ISABEL. Ocultos dolores siente
y á su edad turban la mente
las penas del corazon.
EST. Pobre viejo!...
ISABEL. En este hogar
encaneció sin tener
ni otro afan que obedecer.
ni más voluntad que amar.
EST. Amar de su anhelo en pós
la memoria de tu madre
como un culto...
ISABEL. Y á mi padre
como se venera á Dios.
EST. De él siempre vivió al abrigo.
ISABEL. Y de él fué por leal y honrado
su escudo como soldado,
como escudero su amigo.
Se encierra aquí su existencia
llorando nuestros dolores,
y el llanto forma vapores
que nublan su inteligencia.
Sólo aquí en tus ojos bellos
lucen risueñas auroras.
EST. Tambien lloro.
ISABEL. Aun cuando lloras
resplandecen sus destellos.
Melancólica afliccion
tu alma envuelve en su penumbra,
pero su niebla se alumbra
con la luz de una ilusion.
EST. ¿Y has de juzgar que tranquilo
no la acaricie mi pecho
viviendo aquí, bajo el techo
que fué mi amparo y asilo?
ISABEL. Vas á recordar?...

EST. Que yo
nací con tan gran fortuna,
que tu misma noble cuna
mi triste orfandad meció.

ISABEL. *¡Estrella!...

EST. *Que son los lazos
*de mi existencia tan bellos
*que por sujetarme en ellos
*me abrió el cielo vuestros brazos.

ISABEL. *¡Hermana!

EST. *Que siempre así
*me llamastes, y que aspiro
*en tus besos el suspiro
*de la madre que perdí.
Deja que una y otra vez
recuerde de gozo henchida
albores de nuestra vida,
juegos de nuestra niñez.
Aquella apacible calma,
aquellos tiernos cariños,
aquel tener los tres niños
para amarse sólo un alma.
Aquella revelacion
de amor, que abrió de repente
un infinito en mi mente,
un cielo en mi corazon!
Pasion que alienta mi vida
sólo á tí comunicada:
que no por vivir callada
vive ménos encendida.
*Está ausente y le estoy viendo
*calmando así mis enojos,
*que la luz viene á mis ojos
*su dulce imágen trayendo.
*Y cómo no lo he de ver
*si voy siempre acompañada
*de su voz, de su mirada,
*de su aliento, de su ser!...

ISABEL. Tú, aún esperas.

EST. No viviera
si una vez sola dudára.
¡Si una sola vez soñara

que tu hermano no volviera!
ISABEL. Esa fe...
EST. La tengo en Dios!
ISABEL. No te engaña el pensamiento?
EST. Dios mismo oyó el juramento
que nos hicimos los dos.
... Nació esta dicha infinita,
arraigó esta fe adorada
allí, bajo la sagrada
sombra de la cruz bendita.
*Jamás el instante olvido
*en que al misterioso ruego
*del amor, brotó su fuego
*en nuestro pecho escondido.
*Amor que unió la distancia
*de años de pura alegría.
*¡La juventud lo traía
*entre sueños de la infancia!
¿Cómo fué? ¿Cómo hizo alarde
el labio de aquel amor?
¡Entre el divino rumor
de la oracion de la tarde!
Cuando ya el sol lentamente
tras las sierras se ocultaba
y al despedirse besaba
del Santo Cristo la frente.
¿Qué escuché á César sin calma?
¿Qué encanto su voz tenía
que á sus palabras sentía
estremecérseme el alma?
¡Te amo!—dijo—y la pasion
que arde en mi pecho es tan pura,
que ante esa cruz te la jura
por mi boca el corazon!
¡Tuya es Estrella mi suerte!
¡Mi alma tuya para amarte!
¡Vivir para idolatrarte!
¡Morir si llego á perderte!
Yo no sé lo que sentí.
El llanto nubló mis ojos;
caí ante la cruz de hinojos,
con el alma repetí

el juramento que él dijo...
Y... ¡mira tú qué ilusion!
¡Creí que el Cristo del Perdon
desde su cruz nos bendijo!

ISABEL. Contraria fué nuestra suerte!
Darte amor y vida á tí...

EST. ¡Isabel!...

ISABEL. Y muerte á mí,
al dar á mi Felix muerte!

EST. No puede con su presencia
pronunciar ni una disculpa.

ISABEL. Pero si es juez de su culpa
y su acusador la ausencia.
¡César fué su matador!

EST. ¿Qué prueba tienes?

ISABEL. Postrada
en tierra, la sangre helada
por la angustia y el dolor,
entre sollozos leía
de Felix, dudando de él,
el escrito en que el cruel
su eterno adios me decía.
Entró en mi estancia mi hermano,
vióme llorar, preguntó...
Callé, mas la carta vió
y la arrancó de mi mano.
César, le dije, repara
el dolor con que me escribe.
¿Si es verdad que por mí vive
por qué me abandona Lara?
Que no puede darme fe
de esposo, dice, jurando
que esto lo ha escrito llorando!
¡Me ama y me deja! ¿Por qué?
César, dudoso cual yo,
leyó el papel con anhelo,
me besó, me alzó del suelo,
guardó la carta y salió.
¿Adónde vas? dije al ver
su rostro torvo y sombrío...
Desde entónces...

EST. ¡César mio!

De él no hemos vuelto á saber!
ISABEL. Y á Felix muerto se halló
por un acero inhumano!...
Por qué no ha vuelto mi hermano
si no fué quien le mató?
EST. Como tristes se engañaban
nuestras almas, que creían
que nuevas dichas nacían
cuando todas se acababan!
ISABEL. Cuando este recuerdo evoca
mi mente en dudas me pierdo.
¡Ay, Estrella! este recuerdo
habrá de volverme loca.
Yo, ¿qué motivo le dí?
¿qué razon pudo tener
ó qué causa pudo haber
para romper ¡ay de mí!
en tan suprema ocasion
de amor los divinos lazos
haciendo á la vez pedazos
con su fe mi corazon?
¿Viste union más celebrada?
¿Hubo aquí más alegrías?
EST. ¡Si hasta dispuesto tenías
el traje de desposada!
ISABEL. ¡Traje de boda que fué
la mortaja en que envolví
la esperanza que perdí
del mayor bien que soñé.
EST. Calla, Isabel: álguien viene...
ISABEL. Sí... mi padre...
EST. Por Dios!...
ISABEL. Voy...
EST. Tranquilízate.
ISABEL. Si estoy
serena.
EST. Mal lo previene
la angustia que en tí se abriga.

ESCENA III.

DICHAS, el CONDE, despues LORENZO.

Al Conde le acompañan hasta la puerta del foro algunos pajes con luces que se retirarán á su mandato. Despues Lorenzo, que saldrá del oratorio cuando lo indica el diálogo.

CONDE. Marchaos! (Á los pajes.)
ISABEL. ¡Padre!...
EST. Señor!
CONDE. ¡Estrella! ¡Isabel, mi amor!
(El Conde abre sus brazos á las dos. Ellas asiendo con cariñoso respeto sus manos las llevan á los labios.)
¡Que el cielo cual yo os bendiga!
LOR. (¡Allí siempre! ¡horribles trazos
que el tiempo no ha de borrar!)
(Al salir del oratorio y mirando hácia su interior con agitacion extrema. Luégo volviéndose y reparando en el Conde.)
(¡Ah!... Me hace daño mirar
á esa mujer en sus brazos!)
(Por Estrella, que abrazada por el Conde baja con él lentamente hácia el proscenio. Lorenzo se acerca á la chimenea y sobre ella coloca el candil con que entrara en el oratorio, apagándolo.)
CONDE. ¿Mi viejo Lorenzo aquí?
ISABEL. Á nuestro lado pasó
la tarde.
CONDE. ¿Qué tienes?
(Notando la agitacion de Lorenzo.)
LOR. ¡Yo?...
CONDE. ¡Mal le tratásteis!
LOR. ¡Á mí?...
CONDE. Lívido su rostro advierto.
LOR. Nada tengo. (Qué porfía!)
EST. Tiene la extraña manía
de estar soñando despierto.

CONDE. Soñar!
EST. Apenas cerrando
va la noche el pobre siente
que de súbito en su mente
profundo terror va entrando.
CONDE. ¡Un bravo!
LOR. ¡Querrá callarse!
EST. Y un fantasma...
LOR. ¡Qué tormento!
EST. Mira desde su aposento
en el oratorio alzarse!
Todas las noches le aterra.
LOR. ¡Vive Dios!...
(Indignado por las revelaciones de Estrella, que preocupan y contrarían al Conde, aunque trata de que nadie note el efecto que le producen.)
EST. ¡Siempre á las doce!
CONDE. (¡Menguado!) Mal se conoce
que fué un valiente en la guerra.
LOR. Ved, que...
CONDE. Tu miedo ilusorio
dentro de tu pecho esconde.
Busca estancia .. (Con intencion y en secreto.)
LOR. Señor Conde!...
CONDE. Que no mire á ese oratorio.
LOR. Pero...
CONDE. Que te guarde Dios!
(Haciendo ademan de que salga.)
ISABEL. ¡Padre!
CONDE. Su pavor me irrita!
LOR. (¡Maldita lealtad! ¡maldita!) (Marchándose.)
CONDE. (Pausa.) Ahora á mi lado las dos.
(Tomando asiento junto á la mesa.)

ESCENA IV.

ESTRELLA, CONDE, ISABEL.

EST. Mereceis justo reproche.
ISABEL. ¡Qué tarde!
CONDE. Ya juzgaríais...

ISABEL. Acaso que no vendríais
á abrazarnos esta noche.
CONDE. ¿No acudir á vuestro lado
cuando es mi solo placer?
EST. Pues el nuestro debe ser
mayor por más esperado.
CONDE. ¡Lisonjas!...
EST. Ah! no lo son,
tan cariñosos agravios
que sólo dicen los labios
lo que siente el corazon.
CONDE. (Con su amor mi afan concilia.)
ISABEL. ¿Cómo sentir separadas
de vos, padre, en las veladas
el calor de la familia?
EST. Que así como al declinar
del sol volando serena
la golondrina á la almena
viene su nido á buscar,
nosotras, los tiernos lazos
de amor que el alma prefiere,
buscamos cuando el sol muere
en vuestros amantes brazos.
CONDE. Por premiar tan dulce anhelo
¡hijas del alma! pluguiera
á Dios que dado me fuera
sin temor y sin recelo
hablaros de una alegría...
ISABEL. ¿Qué vuestro acento detiene?
CONDE. Que hoy la dicha unida viene
con el dolor por ser mia.
Así llegan las más puras
cuando mi edad se ha alcanzado
envueltas de lo pasado
entre las nieblas oscuras.
Nieblas que tristeza inspiran,
que no se borran jamás,
que aunque se dejan atrás
siempre delante se miran.
EST. Pero Señor...
CONDE. (Ay de mí!)
ISABEL. ¿Qué teneis?

CONDE. ¡Hija del alma!
ISABEL. ¡Por Dios, recobrad la calma!
CONDE. La pido á Dios para tí!
(Pausa.) Faustas nuevas me ha traido
un mensajero, y al par
una carta que en un mar
de dudas me ha sumergido.
De César las nuevas son.
EST. ¡De él!
ISABEL. ¡De César!
CONDE. Sí, hijas mias.
EST. ¡César! (¡Callad, alegrías,
no vendais mi corazon!)
ISABEL. Pero...
EST. Decid, por piedad!...
CONDE. La carta de César es.
EST. ¿Entónces qué turba pues
vuestro contento?
CONDE. Escuchad. (Leyendo.)
«Si accion que el honor disculpa,
»dió á ese hogar pena tan fiera
»que hizo que se convirtiera
»lo que fué justicia en culpa:
»Ved, padre, que ya he llorado
»como culpa en el destierro
»la muerte que dió mi hierro
»por el honor impulsado.
»Da calma á mi pecho Dios.
»Perdon el rey me concede.
»Ser feliz vuestro hijo aún puede
»si le abris los brazos vos,
»y si Isabel su inhumano
»dolor no siente crecer,
»el dia en que llegue á ver
»ante sus piés á su hermano.»
ISABEL. (¡Ay mi Felix!)
EST. (¡César mio!)
CONDE. Confiesa que el matador
fué de Lara: más de honor
habla aquí, y en su honor fio.
¿Qué nuevo uttraje á inferir
se atrevió Lara?... No sé,

mas le bastó hollar la fe
jurada para morir.

ISABEL. ¡Por compasion!

CONDE. En señal
de que el perdon he otorgado
á mi hijo, le he rogado
vuelva al techo paternal.
Le he dicho que para él
están mis brazos abiertos.
¿Los tuyos estarán yertos,
para abrazarle, Isabel?
Habla.

EST. Dí.

ISABEL. ¿Cómo he de hablar
si la angustia me sofoca;
si no hay aliento en mi boca
mas que para sollozar?

CONDE. En este triste momento
inútil fuera el pedir
que dejando de sentir,
razonara el pensamiento.

ISABEL. ¡Qué, padre! ¿juzgais tal vez
que fué justicia el castigo?

CONDE. Lo dice. ¡Infame el testigo
de su afrenta que no es juez.
Si Lara osó hablar con mengua
de nuestra fama preciada,
por César habló la espada,
que es de honor la mejor lengua.
Esto aquí claro se advierte
y debes como yo ansiar
que César venga á explicar
qué injuria vengó la muerte.

ISABEL. Y anhelais que en mi querella
olvide á Felix?

EST. Ten calma!

ISABEL. ¡Si amor que arraigó en el alma
no sale sin salir ella!

CONDE. No es para solicitado
el olvido, al que no alcanza
sino el tiempo, esa esperanza
única del desdichado.

Mas tu hermano va á tornar,
y si tus lágrimas mira
y en tu labio que suspira
quizá llega á adivinar
que vive en tu pecho herido
el ofensor adorado,
el vengador castigado,
y el hermano mal querido,
porque más no se envenene
tu afliccion, con su presencia,
tal vez á una eterna ausencia
por injustos nos condene.
Habla!

EST. ¡Hermana!

CONDE. Habla por Dios!

ISABEL. Si es mio vuestro quebranto, (Al Conde)
si sé que causa tu llanto, (Ap. á Estrella.)
tan mal me juzgais los dos,
que pensais que aunque callara
la inclinacion natural
del cariño fraternal
en mi pecho, no ablandara
mi rigor vuestro dolor,
y que con dureza impía
vuestra dicha inmolaría
á mis recuerdos de amor?
No! Decidme que sin él
no vivís, que ansiais mirarle,
que yo para perdonarle
no más pretendo.

CONDE. ¡Isabel!

ISABEL. Y olvidando mis agravios
y matando mis enojos
sacaré el llanto en los ojos,
perdon brotarán los labios.
¡No los labios, no en verdad!
el alma, que es la que ansía
á vos daros la alegría,
(Ap. á Estrella.) (á tí la felicidad!)

CONDE. ¡Hija!

EST. ¡Hermana!

ISABEL. Mas si en pos

de mi recuerdo brotara
una lágrima por Lara,
no me abandoneis. por Dios!
Serán tristes embelesos
de mi dolor, ¡perdonadme!

CONDE. ¡Angel mio!
ISABEL. Y despertadme...
CONDE. En mis brazos!
EST. ¡Con mis besos!...

ESCENA V.

DICHOS, LORENZO.

LOR. ¡Señor Conde!
CONDE. ¿Quién? Ah! Tú...
LOR. ¡Albricias! os pido albricias!...
CONDE. Dí, Lorenzo!...
EST. ¿Traes noticias?...
LOR.. Más que eso, ¡por Belcebú!
¿No adivinais por el gozo
en que mi pecho se anega?...
CONDE. ¡César?
LOR. El mismo que llega
hecho, señor, un buen mozo!
CONDE. ¡Hijo de mi corazon?
EST. Él!
CONDE. (Suplicante.) ¡Isabel!...
ISABEL. ¡Padre mio!
Yo la primera: lo ansío.
(Sale al encuentro de César.)
CONDE. ¡Gracias!
EST. (Me ahoga la emocion!)
LOR. ¡Qué bizarro y que galan!
¡Y que hazañas no habrá hecho
que en Indias ganó su pecho
la banda de capitan!
CONDE. ¡Corramos!
EST. Sí!
LOR. Tened calma.
CONDE. Pero no viene? ¡responde!
CESAR. (Dentro.) ¡Padre!

LOR. Oís?
CESAR. (Dentro.) ¡Estrella!
CONDE. ¿Dónde,
donde, estás, hijo del alma?

ESCENA VI.

DICHOS, ISABEL y CESAR. Isabel y César aparecen abrazados al presentarse en la puerta del foro.

EST. ¡César!
(Corriendo á la puerta donde aparece César y abrazándole.)
CESAR. ¡Estrella!
CONDE. ¡Hijo!
(Corriendo al Conde y arrodillándose ante él.)
CESAR. Ántes postrado,
de vos, señor, la bendicion espero:
que si el Monarca concedió al soldado
magnánimo perdon, viendo su acero
más que de luto, de laurel orlado;
el hijo, al ofreceros la amargura
de dos años de ausencia, más os pide,
que no la paz del alma le asegura
la clemencia, señor, si no el consuelo
de nuestra bendicion, que hará que olvide
su tristeza este hogar, mi culpa el cielo.
CONDE. ¡Hijo, á mis brazos ven! ¡yo te bendigo!
CESAR. ¡Padre del corazon! (Abrazándole.)
CONDE. ¿Cómo dudoso
imaginaste que mi pecho abrigo
negar pudiera al hijo idolatrado?
LOR. ¡Volviendo victorioso!
CONDE. ¡Volviendo á esta mansion tan desdichado!
(Pausa.)
CESAR. El paternal amor mira en mi frente
los surcos del dolor, tú hermana mira,
no escuches inclemente
la causa de tu llanto y mi agonía.
ISABEL. Te he perdonado, César!
CESAR. ¡Maté á Lara!
ISABEL. ¡Ay de mí! ¿Qué razon?...

CESAR. ¡Trance inhumano!
Tener que dar la muerte á quien llamara
el labio amigo el corazon hermano!
CONDE. ¡Hija infeliz! ¡sobre mi pecho llora!
CESAR. Tu amor no merecía!
ISABEL. Calla!
EST. Ten compasion!
LOR. (Suerte traidora!)
ISABEL. (¡Felix del alma mia!)
CESAR. ¡Cuánto habrás padecido
lo sé por mi quebranto,
yo quemarse mis ojos he sentido
con las candentes gotas de tu llanto.
ISABEL. ¡Ay, padre!
EST. ¡Hermana mia!
CESAR. Amada Estrella,
dila que por hallar cruel semejanza
á su rudo destino, como ella
ahogué en mi corazon toda esperanza.
¡Quise morir!
LOR. ¿Por qué?
CESAR. Por qué? El tormento
á que ese hombre encadenó mi suerte
es tan desgarrador, tan cruel, que siento
que por él se trocó la vida en muerte,
la luz en sombra, en duelo la fortuna,
el cielo en caos, en torcedor la calma
y los puros ensueños de mi cuna
en pesadilla eterna de mi alma!
CONDE. No conprendo tu afan!
CESAR. ¡Cuál se ha vengado!
Entre la densa bruma,
flotando sobre el mar lo he contemplado!
Cuando en la noche el huracan rugía
él en estela de sangrienta espuma
en pos marchaba de la nave mia.
Yo en las remotas índicas regiones,
siempre implacable, entre el horrible estruen-
de salvajes, innúmeras legiones [do
le miré mi existencia protegiendo,
como anhelando por venganza fiera,
salvar mi vida y que viviendo muera.

EST. Pero esa angustia, César?...
CONDE. ¿Qué demencia
es lá tuya?
CESAR. ¡Oh, no sé!
ISABEL. Mi duelo olvida.
CESAR. ¡Olvidar!
CONDE. Si su sangre fué vertida
en buena lid ¿por qué á su inteligencia
turba así su recuerdo?
LOR. (Ah! lo presiento!)
Pesan los muertos mucho en la conciencia.
CESAR. Juzgais, que es mi dolor remordimiento?
CONDE. (¡Ay Lorenzo! su acento me estremece.)
CESAR. *¿Remordimiento? No! De Abel la sombra
*turba el sueño á Cain, se le aparece
*demandando piedad, siempre le nombra
*con eco triste que su angustia acrece.
*¿Dónde tu hermano está? con voz que aterra
*grita el cielo, la mar, el monte, el llano,
*y todo clama, ¡Abel! ¿dónde está, dónde?
*y otra voz desde el fondo de la tierra
*á aquel clamor universal responde.
*Pero yo, padre, en mi delirio insano
*ni esa pregunta atroz jamás percibo,
*ni ese espectro jamás me llamó hermano,
*otras palabras dice; y siendo el vivo
*lleno de asombro y de temor advierto
*que cual Abel recibo
*la muerte de Cain, siendo él el muerto!
CONDE. (¡Por qué su pena con terror escucho?)
ISABEL. ¡Hermano!
EST. ¡César mio!
LOR. ¿Qué locura
embarga tu razon?
CONDE. En vano lucho
por comprender que esconde tu amargura.
CESAR. ¿No acertais lo que esconde?
(Todo esto dicho en voz baja llena de agitacion y recatándose de todos.)
CONDE. ¡Habla!
CESAR. ¡No puedo!
CONDE. Sepa tu padre al fin...

CESAR. Si tengo miedo
de confesar mi crímen!
CONDE. ¿Por qué muda
tu lengua está?
CESAR. Dejad que me atormente
este inícuo dolor y no le cuente.
CONDE. ¡Crímen dijiste!
CESAR. Sí, tal es mi duda.
CONDE. ¿Una duda?
CESAR. ¡Infernal, amado padre!
CONDE. Habla por compasion.
CESAR. ¡Estoy maldito!
¡Yo mancillo el sepulcro de mi madre!
CONDE. ¡Jesús!
(Aterrado como por una revelacion inesperada.)
CESAR. Perdon!
CONDE. ¡Salid!
(Á Isabel, Lorenzo y Estrella.)
LOR. ¡Señor!
(Isabel y Lorenzo acuden al Conde al notar su turbacion.)
CESAR. ¡Estrella!
(Acercándose á Estrella y agarrando sus manos.)
perdona á mi dolor, si en este instante
esquiva tu presencia, ¡Dios lo quiere!
ten compasion de tu infeliz amante!
EST. Pero, dime, responde!...
CESAR. Oye mi ruego;
despues... ¡No me preguntes!...
EST. César!
CESAR. Luégo,
á dar paz al tormento que me hiere
si me amas, ven aquí. ¡Yo en tí confio!
¿Vendrás, mi bien?
EST. ¡Vendré!
CONDE. ¡Salid!
EST. ¡Dios mio!
CONDE. ¡Todos salid!
CESAR. Tú, ¡no!
(Asiendo de la mano á Isabel y deteniéndola.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, CÉSAR, ISABEL.

CONDE. (Á Cesar.) ¿Qué intentas!
CESAR. Debe
saber por qué dí muerte á aquel impío.
CONDE. (Qué va á decir su labio?)
CESAR. Á aquel aleve.
Y ella llora por él!
ISABEL. ¡Sí le he perdido!
CESAR. Sí debe aborrecer lo que ha adorado.
Si debes castigar lo mal querido
arrojando tu encono á lo pasado.
ISABEL. ¿No basta perdonarte?
CESAR. ¿Tú otorgarme
perdon? ¡Y por el vil!—Ante mí estaba:
falsa piedad fingía,
muda, pérfida angustia simulaba.
¡Habla! loco de afan, le repetía,
¡Habla, traidor! ¿por qué á la hermana mia
niegas jurada fé, si ella es tan pura
que en su frente la nieve es mancha oscura?
¡Ah qué infame!
ISABEL. (Ay de mí!)
CESAR. Tan grande era
la afrenta que pensaba,
que tras el labio, muda estremecida,
por cobarde y aleve se ocultaba.
¡Yo la busqué salida:
ya que traidor el labio la encerraba,
abríle puerta por sangrienta herida!
¡Cayó á mis piés y habló!
CONDE. ¿Dijo?
CESAR. ¡Qué mengua!
¡Cómo en mi triste corazon cortaba
el afilado acero de su lengua!
¡Cuánta vida tenía!
¡Cómo su sangre con vapores rojos
borraba de mis ojos

todo el hermoso cielo en que creía!

CONDE. Pero qué dijo? dí!...

CESAR. ¡Padre!

CONDE. Qué dijo?

CESAR. ¡Que nuestro noble escudo está manchado!

ISABEL. ¡No le creais, por mi dolor lo exijo!

CESAR. Que ante el altar con Isabel se uniera
si en su frente purísima no viera
horrible estigma de deshonra fijo!

ISABEL. (Felix... ¡no!)

CONDE. Y tu dudaste?

CESAR. La tiniebla
de oscura noche, el antro con sus sombras
el hondo abismo, nada aparecía
más lóbrego y profundo que la niebla
en que loco mi espíritu se hundía.
¡Yo dentro de mí mismo,
más sombras ¡ay! tenía
que la noche y el antro y el abismo!
¡Perdóname, adorada madre mia!

(Estas palabras; producen en el Conde turbacion extrema; Isabel oye con interés á César para pronunciar con toda su alma las frases que el diálogo indica.)

¡Con qué gozo en la tumba latiría
tu cadáver amado, cuando oyera
el eco sordo, el angustioso grito
con que á mis piés cayera,
aquel hombre maldito
que en mí, dudas de tí; ¡madre! infundiera!

ISABEL. ¡Por él mi santa madre envilecida!...

CONDE. (¡Cielos!)

ISABEL. (Cayendo de rodillas ante el Conde.)
¡Padre! Perdon! Yo le he adorado.

CESAR. Cual su ponzoña la serpiente herida
al cielo escupe y muere, aquel malvado
en las ansias postreras el veneno
de este martirio me arrojó en el seno. [ma.
¿Os causo horror? ¿No es cierto? Estais sin cal-
al ver mi angustia criminal? ¡Qué inmensa
es mi culpa, señor! ¿Cómo he podido,
¡Oh madre de mi alma!

hacerte tanto agravio y tanta ofensa!
Mas... ¿Sabeis lo que habló? Si estremecido
lo recuerdo! ¡No! ¡no!... Jamás mi boca
repetirlo podrá! Vos... padre... á ella...
á ella... tan pura y tan amada!—¡Loca,
loca fascinacion!... No, no lo dijo!
¡Fué un sueño, no lo oí! Cómo podría
(César besa frenéticamente la mano del Conde, cuya turbacion es creciente hasta que la nota César.)
cubrir de besos vuestra noble mano
si al contacto del labio brotaría
sangre que el corazon me abrasaría!
¡Delirio sólo fué! ¡Delirio insano!
Pero... ¿por qué temblais? ¿por qué?

CONDE. Tu acento,
tu duda horrible el corazon me oprimen!

CESAR. Mas al veros se turba el pensamiento.

CONDE. Bien dijiste: la duda engendra el crímen.

CESAR. Por vos mi fe renazca!

CONDE. ¡Hijo adorado!

CESAR. Mintió, padre, ¿es verdad?

CONDE. (Crudo tormento!)
¿Dudas de nuestro honor?

CESAR. (Con desaliento.) Lo he confesado!

CONDE. (¡Misericordia!)

CESAR. ¡Hablad!

CONDE. (Con enérgica resolucion) Nunca! El que duda
de quien el ser le dió, siempre consigo
debe llevar el dardo envenenado
siendo eterna la culpa y el castigo!

CESAR. Tengo de mí vergüenza,
pero me habló cuando la vida acaba
y con la muerte la verdad comienza!

CONDE. ¡Hola! ¡pajes! ¡Lorenzo!

CESAR. Siempre esclava
mi alma ha de ser de este dolor impio?...
¡Por compasion!

CONDE. Jamás! ¡Tú no has dudado,
angel de mi vejez! (Á Isabel.)
(Estrechando entre sus brazos á Isabel. Lorenzo y pajes han entrado. Los pajes se retiran con el

Conde é Isabel. Lorenzo queda en escena obedeciendo á una señal del Conde.)

ISABEL. ¡Oh padre mio!

(Al marcharse el Conde, César, lleno de angustia, le sigue hácia el foro siempre con ademan suplicante. El Conde le detiene imperiosamente.)

CONDE. ¡Ni una palabra más, desventurado!

ESCENA VIII.

CÉSAR, LORENZO. César ve marchar tristemente al Conde. Lorenzo, en el fondo, contempla á César.

CESAR. Se va! Se va, y me encadena
al más terrible dolor,
castigando su rigor
más que la culpa la pena.

LOR. (Al Conde alejarse ví
desencajado el semblante,
César, mudo y anhelante
está... ¿Qué ha pasado aquí?)

CESAR. Y yo que al cruzar el mar
de las regiones indianas,
cifraba... ¡ilusiones vanas!
la ventura en este hogar.
*¡La ventura!... Sí, creí...
*¡el desengaño me asombra!
*que esta horrible, amarga sombra
*que envuelve el alma ¡ay de mí!
*de mi padre ante los ojos,
*cual nube que el sol borrára
*se perdiera y me causára
*en vez de angustias sonrojos!...
*¡Ay, desdichado de mí!...

LOR. *(Me desgarra el corazon
*contemplarle!)

CESAR. *¡Qué afliccion!
*¡Penas, bien os merecí!
*Pero no, si este tormento

*no es hijo de mi maldad;
*si no eres tú voluntad
*la que rige al pensamiento.
¿Y he de vivir de esta suerte?
No, imposible! Más valdría
morir, pobre madre mia,
que vivir para ofenderte.
Mas ¿cómo ahuyentar, ¡oh madre!
este delirio?

LOR. Señor!...

CESAR. (Ah! Lorenzo!... el servidor
más antiguo de mi padre!
El misterio que me arredra
él sabrá, sí, estoy seguro,
que no hay grietas en el muro
que no conozca la yedra.
He de hablarle... Mas no vendo
tu injuria, madre, y te agravio?
Mejor es que calle el labio.
Pero al callar... ¿qué pretendo?
¿Podré en silencio matar
esta acerba duda? ¡No!
¿Y aunque sólo dude yo,
no es tu ofensa mi dudar?
¿Y si él calla? ¿Mas no enciende
mi duda y causo tu mengua?
Y si habla, ¿cómo la lengua
no arrancarle si te ofende?
Pues si te ofendo callando
y preguntando te ofendo,
y voy mi suplicio horrendo
hable ó calle acrecentando...
¡Cielos! ¿Qué he de hacer?)

LOR. ¡Llorais!
(Acercándose tímidamente.)

CESAR. Males que da mi presencia
á esta mansion, que en mi ausencia
fué más feliz!...

LOR. ¡Tal pensais?

CESAR. Con razon. Todos aquí
pena á mi vuelta han mostrado.
Todo en mi hogar se ha mudado

tristemente para mí!
¡Aun tú mismo!

LOR. ¡Yo, señor!

CESAR. Otro nombre ántes me dabas,
no tus brazos me negabas
en otro tiempo mejor.

LOR. ¡César! (Se abrazan tiernamente.)

CESAR. Lorenzo, estos lazos
fueron tu más dulce empeño;
siempre se arrulló mi sueño
en la cuna de tus brazos!

LOR. (Y yo pensé... mal consejo
me dieron las penas mias.)
¡Hijo! ¿Cómo aquellos dias
podrá olvidar este viejo?

CESAR. ¿Te acuerdas? Junto á ese hogar
por las tardes te esperábamos!
¡Con qué placer escuchábamos
tus campañas relatar!

LOR. ¡Qué deliciosas veladas!

CESAR. Tú, contando maravillas!

LOR. Saltando tú en mis rodillas!

CESAR. Y ellas á tus piés sentadas!

LOR. ¡Bien me acuerdo!

CESAR. Tambien yo.
Y de aquella historia triste
que un dia nos referiste.

LOR. ¿Una? ¡Cien!

CESAR. Como esta no.
Ibas, Lorenzo, contando
que un niño, como la luz
del sol bello, ante una cruz
encontrábase llorando.
Yo exclamé—¿Por qué lloraba?
¡Por su madre!—respondiste.
¡Por su madre?—Y tú añadiste:
bajo la cruz descansaba.
Tambien mi madre murió,
repliqué!—Su cruz no veo!
¿Dónde está? Dime! Deseo
como el niño llorar yo!

LOR. (Cielos!)

CESAR. ¡Callaste!—Volvimos
á preguntar, y la historia
que ahora evocó mi memoria
entre sollozos te oimos.
¿Tiemblas? ¿Por qué estás temblando?
LOR. ¡Señor...
CESAR. (Con ironía.) Lo sé: de dolor,
que de esa historia el terror
aún tu mente está agitando.
Aún miras la oscuridad
de aquella noche, rasgada
por la sulfúrea, inflamada
lumbre de la tempestad.
Aún oyes con ronco son
romper su cauce el Arlanza,
que hecho un mar furioso avanza
contra el viejo torreon.
Mi madre está en él; y en él
quiere abrir brecha la muerte;
corres á salvarla, é inerte
quedando al grito cruel
que á tí llega al punto mismo,
helado ves entre asombros
á tus piés negros escombros
que van rodando al abismo!
LOR. (¡Gran Dios!)
CESAR. De tal modo aquí
nuestra desdicha contaste.
Así su muerte explicaste,
á Estrella, á Isabel y á mí!
LOR. Cierto...
CESAR. ¡Qué es cierto, dijiste?...
¿Por qué pierdes el color?
¡Oh, miserable!
LOR. ¡Señor!
CESAR. ¡Mentiste!
LOR. ¡César!
CESAR. ¡Mentiste!
LOR. No!...
CESAR. No? Esa es tu respuesta?
Así murió? Más no insisto.
Pero ahí dentro bajo el Cristo,

tú, con una mano puesta
en tu pecho y la otra mano
sobre sus sangrientos piés,
vas á jurar que esa es
toda la verdad, anciano!

LOR. ¡Oh! (¡Qué horror!)

CESAR. (Señalando hácia el oratorio.) ¡Ante la cruz!

LOR. No, jamás! (Retrocediendo.)

CESAR. Oye tu suerte:
ó aquí mi duda y tu muerte,
ó allí tu vida y mi luz!
(Saca la espada y toma la lámpara que está sobre la mesa. En este momento comienzan á oirse sordas, lejanas y lentas, doce campanadas. Las últimas se oirán durante el intervalo que media entre esta escena y la siguiente.)

LOR. (Las doce!) ¡Nunca!

CESAR. Insensato!
¿Qué te turba?

LOR. ¡Compasion!
(Sigue retrocediendo hasta la puerta del oratorio en el que entra impulsado por César y demostrando gran terror.)

CESAR. ¡Bajo el Cristo! (Fuera de sí.)

LOR. ¡No! ¡Perdon!
Por piedad!

CESAR. ¡Entra ó te mato!
(Desaparecen por la puerta del oratorio. Óyese el golpe de la puerta que se cierra tras ellos. Oscuridad completa.)

ESCENA IX.

EL CONDE, despues de algunos instantes aparece por la puerta del foro.

CONDE. *¡Calma! ¡Sosiego engañoso
*llenas mi pecho de espanto,
*pues sé cómo abrasa el llanto
*cuando corre silencioso!
*¡Ah! ¡qué fingido reposo!

*todo calla, y ¡oh, dolor!
*escucho el hondo estertor
*de sollozos comprimidos
*que ensordecen mis oidos
*con angustioso clamor.
Veinte años há que en tal hora
vengo á este mismo lugar
por ver si puedo calmar
la pena que me devora...
Reza el labio, el alma llora,
y en el alma nieblas veo!...
Huir de este sitio deseo
y fuerza mayor me trae;
¡Y es que este sitio me atrae
como la víctima al reo!
¡Veinte años! ¡Ay de mí!
¡Oh, Cristo! á tus piés postrado
el olvido del pasado
cada noche te pedí.
¡Qué insensatez pretendí!
¿Cómo se logra olvidar?
¿Cómo se pueden borrar
las manchas en la conciencia?
Pero... dí!... ¡Si eres clemencia
tu perdon me has de negar?

ESCENA X.

EL CONDE, ESTRELLA. Estrella aparece por la puerta izquierda, quedándose detenida en su umbral, al notar la oscuridad del aposento, entrando temerosa cuando el diálogo lo indica.

EST. ¡César!...
CONDE. (¿Eh?)
EST. (Qué oscuridad!...)
CONDE. (Estrella.... y busca á mi hijo!...)
EST. (Aquí te espero, me dijo.)
(Da algunos pasos.)
CONDE. (¡Sombras, mi mente dejad!)
EST. (¿Por qué á la cita falto?)
CONDE. (¿Qué es esto?)

EST. (Pasos escucho.)
¡César!...
(Avanzando tímidamente hasta encontrarse con el Conde, que estará sobrecogido de angustia y de agitacion.)
CONDE. (¡Ya, para qué lucho?)
EST. César!
CONDE. ¡No! (Asiéndola.)
EST. (Aterrada.) (¡Cielos!)
CONDE. ¡Soy yo!
EST. (¡Él!)
CONDE. ¡Tu terror me da miedo!
EST. ¡Padre, señor!...
CONDE. Habla.
EST. Sí!...
CONDE. Por César viniste aquí.
Dí la causa.
EST. (Hablar no puedo!)
CONDE. ¡Callas?
EST. ¡No...
CONDE. (Su turbacion
me llena el alma de frio!...)

ESCENA XI.

DICHOS, CÉSAR y LORENZO. Estos aparecerán cuando lo indica el diálogo.

CESAR. (Dentro.) ¡Ay de mí!
CONDE. (Aterrado.) ¡Su voz, Dios mio!
CESAR. (Dentro.) ¡Madre!
(Viendo salir á César demudado.)
CONDE. ¡Ah!
EST. ¡Jesús!
LOR. (Cayendo á los piés del Conde.) ¡Perdon!
CONDE. ¡Miserable!
(Á Lorenzo. Luégo notando el terror con que le contempla su hijo, exclama lleno de angustia y de dolor.)
¡Desdichado!
¿Por qué no vienes á mí?
CESAR. ¡Era verdad!

CONDE. (Ap. á César.) (¡Sí!—Yo fuí!...)
CESAR. ¡Padre!...
CONDE. (Ap. á César.) (Pero estás honrado!)
CESAR. ¡Madre mía!
(Cayendo en el sitial que hay junto á la mesa y rompiendo en llanto.)
CONDE. (¡Con horror,
me ve de sangre teñido,
juez ó verdugo he perdido
ya para siempre su amor!)
EST. ¡César, César mio!
CESAR. ¡Mi Estrella!
¡Mi amor!
CONDE. ¿Tú la amas?
EST. (¡Ay triste!)
CESAR. La amo, sí!
CONDE. ¡Tú!
CESAR. ¡Ya no existe
para mí más bien que ella!
CONDE. ¡Nunca! (Con horror.)
LOR. ¡Jesús!
CESAR. Bien comprendo
que os cause profundo espanto
que al dudar de lo más santo
en ella siga creyendo.
Mas la adoro; y pues sin calma
mi existencia ha de correr,
dejadme, padre, tener
un refugio para el alma!
(César se arroja en brazos de Estrella llorando. Lorenzo demuestra el espanto más profundo, el Conde mirando hácia el oratorio, exclama.)
CONDE. Ántes te pregunté ¡oh Dios!
si el perdon me habías negado...
¡Ay de mí! ya has contestado
por los labios de los dos!
(Vacila y Lorenzo le sostiene. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, ISABEL.

El Conde sentado junto á la mesa, Isabel á su lado de pié.

ISABEL. Desde cuándo á vuestras penas
mi amor no presta consuelos?
¿Desde cuándo á mi ternura
responde vuestro silencio?

CONDE. ¡Ah! perdóname. Olvidaba
que eran tuyos estos ecos
que hablan de calma llorando,
y paz prometen mintiendo.

ISABEL. Ved que todo lo he perdido,
que todo para mí ha muerto.
¡Todo!... ménos la esperanza
de encontrar bajo este techo
en ajenas alegrías
propios y dulces contentos.

CONDE. ¡Ya, imposible!

ISABEL. Y sin embargo
ayer...

CONDE. ¡Ayer... vanos sueños!
Que pronto mis ilusiones

en dolor se convirtieron!

ISABEL. ¡Padre! Si buscando amparo
á mis desdichas encuentro
por alivio de mis males
honda pena, llanto acerbo,
¿qué va á ser de mí?

CONDE. ¡Ángel mio!

ISABEL. Si adonde quiera que vuelvo
los ojos...

CONDE. ¡Hija del alma!...

ISABEL. Sólo infortunio contemplo,
¿qué me resta?

CONDE. (¡Ay desdichado!)

ISABEL. Hallo en su estancia á Lorenzo,
y al verme, lleno de angustia
me mira y el pobre viejo
se echa á llorar y hablar quiere...

CONDE. (¡Infame!)

ISABEL. Y calla gimiendo.
Busco vuestros tiernos brazos,
único asilo que tengo,
y parece que se niegan
á recibirme entre ellos.

CONDE. ¡Puedes pensar!... (La abraza.)

ISABEL. ¡Padre mio!
Ignoro los fundamentos
de estos dolores que llegan
en los pasados envueltos.
Mas sé que Estrella llorando
estuvo junto á mi lecho
toda la noche; sé, padre,
que entre sentidos lamentos
repitió amargas palabras
que vuestros labios dijeron;
sé que desatar los lazos
quereis de un cariño eterno;
y sé que anheloso César,
aire, soledad, silencio
demandando, salió al valle
para preguntar al cielo
cómo el amor, que es la vida,
puede arrancarse del pecho!

CONDE. Y ese amor que ahora declaras
para tí no fué un secreto?
ISABEL. No!
CONDE. Y callaste!
ISABEL. Fué mi culpa.
CONDE. Y mi desdicha.
ISABEL. Por ellos
sufra yo.
CONDE. Siendo advertido
¿cómo este horrible tormento
llegára?
ISABEL. Vuestros rigores
cébense en mí.
CONDE. ¡Bajo el techo
paternal, mudo el engaño
camino á mi mal abriendo!
¡Mi autoridad despreciada!
con qué callado misterio,
con qué traidora cautela
me heristeis!
ISABEL. Por qué?
CONDE. ¡Y qué ciego
estuve yo!...
ISABEL. Ved, señor...
CONDE. Llama á Estrella.
ISABEL. Os obedezco.
Pero ved, padre del alma,
que su corazon enfermo
por el amor sólo vive.
Clemencia, padre!
CONDE. Vé!
ISABEL. (¡Cielos!)

ESCENA II.

EL CONDE.

CONDE. ¡Oh justicia inexorable!
¿Quién reducido al extremo
se vió de causarle espanto
los puros, dulces anhelos
de seres que el alma adora?

¿Y yo á Estrella decir puedo?...
No: jamás! Su infausta suerte
me quita todo derecho.
Á ella, nunca!—Pero á César?...
¡Qué castigo tan tremendo
para mí!... Mas es preciso.
¡Ah, cruel destino! Que artero
y silencioso ocultaste
su amor para darme el hierro
que al separar sus dos almas
hace pedazos mi pecho!
¡Ella!

ESCENA III.

EL CONDE, ISABEL y ESTRELLA.

EST. (Avanzando hácia el Conde y postrándose.)
Señor...
ISABEL. Con enojos
no mireis su rendimiento.
No atendais á vuestro agravio,
¡son tan nobles sus afectos!...
CONDE. ¿Pueden ser afectos nobles
los que se sienten con miedo,
y sigilosos se ocultan
solicitando el misterio?
Levanta y habla: tus labios
no me ofenderán. Por ellos
no supe el premio que diste
á mis amantes desvélos.
Llegó por otro camino,
grito de dolor fué acerbo,
no revelacion tranquilla
la de tu amor, cual si el cielo
quisiera amargas pasiones
denunciar con tristes ecos.
ISABEL. ¡Ese rigor!...
CONDE. Es justicia.
EST. ¡Ay señor! que fué mi pecho
conquistando la ventura
de amarle tan en silencio,

que sólo cuando fué esclava
de este dulcísimo afecto
la voluntad toda entera,
llegó el alma á conocerlo!
Sólo al natural instinto
debeis culpar.—Tiene miedo
el avaro, y guarda ansioso
sus riquezas.—Yo en el pecho
escondía este cariño,
tesoro de mi contento!...

CONDE. Qué ingratitud! Atendiste
á tu egoismo primero
que á tu deber, y olvidaste,
¡locos desvanecimientos!
sagradas obligaciones
por dichas que son un sueño.

EST. (¡Un sueño!)

ISABEL. ¡Padre!

CONDE. El terror
con que me escucha, es un eco
de su conciencia, pues ella
le dice con mudo acento
que nació mal su cariño
á espaldas de mi consejo.

EST. ¡Ay hermana de mi vida!

ISABEL. ¡Estrella!

EST. ¡Qué males temo
cuando á tus tristezas pido
para las mias consuelo!

ISABEL. ¿Qué razon para afligirla?
¿Vais á anublar el sereno
único rayo de sol
que nos deja ver el cielo?

CONDE. Basta, Isabel.

ISABEL. No veis, padre,
que llora?

CONDE. Si fué mi seno
donde encontró dulce abrigo;
si la cobijó mi techo;
si nombre de hija la he dado,
¿crees, Isabel, que no siento
como propios sus pesares?

ISABEL. Estónces, padre...
CONDE. ¡No puedo!...
ISABEL. ¡Qué no podeis!
CONDE. Hija mia.
déjanos solos; lo anhelo.
ISABEL. (*Abraza cariñosamente á Estrella y le dice aparte.*)
(No temas: si te idolatra,
¿no han de vencerle tus ruegos?)

ESCENA IV.

EL CONDE y ESTRELLA.

EST. Sí; ¡Dios mio!
CONDE. Hija querida,
ese amor debes ahogar.
EST. Tendré el alma que arrancar,
y con el alma la vida,
para ahogar mi sentimiento,
para que César no sea
la sola, la única idea
que absorba mi pensamiento.
CONDE. Ten calma.
EST. Vuestro rigor,
sólo de mi culpa nace.
CONDE. Tus locos sueños deshace
lo imposible de tu amor.
EST. ¡Imposible!
CONDE. Sí.
EST. Lo fuera
que á César no idolatrara,
qué perjura le olvidara,
y que sin su amor viviera.
¡Padre!
CONDE. (¿Qué anhela saber,
ni qué la podré decir...
sí el infierno me ha de oir
y ella no me ha de creer?)
EST. ¡Ah! Ya entiendo la razon.
Nací humilde sin fortuna.
César vió sobre su cuna

brillar ilustre blason!...
¡Y ahora quereis la distancia
que de él me aleja enseñarme!
¿Por qué, por qué no mostrarme
con rigor desde la infancia
mi destino? Vuestro hogar
me abristeis de bondad lleno,
calor me dió vuestro seno,
siempre me escuché llamar,
latiendo de gozo ufana,
y por ello amando á Dios,
«hija adorada» por vos;
por vuestros hijos «hermana.»
*¿Y tras de tanta ventura
*ansiáis que con ciego empeño
*crea que todo fué un sueño;
*todo ménos mi amargura;
*todo ménos mi orfandad!
*Y que sienta mi pobreza
*con tanta mayor crudeza
*cuanta fué vuestra bondad?
¿Quién con rigor homicida
presta aliento á un ser inerte
para darle mayor muerte
cuando se halle con más vida?
*¡Oh! Me dejárais morir
*triste, pobre, abandonada,
*que fuera ménos airada
*la muerte que este sufrir!
*Pero si es mi condicion
*invencible valladar
*que no puede superar
*mi amoroso corazon,
*permitidme que os arguya
*que vuestro afan nada abona,
*pues César sólo ambiciona
*que mi pobreza sea suya!

CONDE. Quien pide tu sacrificio
puede hacerlo.

EST. ¿Qué tirano
la muerte exigió inhumano
en pago de un beneficio?

CONDE. ¡Oh!
EST. ¡Piedad!
CONDE. No...
EST. ¿Qué razon
me podreis, señor, decir
para que me fuerce á herir
por mí misma el corazon?
CONDE. Mi voluntad.
EST. Siempre en ella
respeté la ley del cielo.
Mas hoy, comprended mi duelo,
no puedo, señor!
CONDE. Estrella...
EST. ¡Compasion!...
CONDE. Tu pecho impío
á mi voluntad se opone.
EST. De conciencia no dispone
la que no tiene albedrío.
CONDE. Por fuerza ha de ser.
EST. Pretendo
no mi dicha asegurar...
sí la suya!
CONDE. Has de olvidar.
EST. ¡Su felicidad defiendo!
CONDE. ¿Y la mia, dí? ¡Qué ingrata!
De cruel tormento me llena
el alma, cuando es su pena,
su pena la que me mata.
¡Ni una palabra de amor
tiene para mí... Quizá
su labio maldecirá
á quien la adora...
EST. ¡Señor!...
CONDE. Á quien su sangre daría
por evitar sus enojos,
por ver brillar en sus ojos
la aurora de la alegría!
¡Qué decepcion! Tantos años
que su fortuna acaricio
y al pedirla un sacrificio
me da tristes desengaños!
¡Hija! No es el bienhechor,

Estrella, no el padre es:
¿quieres que implore á tus piés
con lágrimas de dolor
un pobre viejo su calma,
su vida, que está en tu mano
deshechando ese amor vano
con que enloqueciste el alma?
Dí; me postraré, hija mia.

EST. Señor...

CONDE. Me verás llorando.

EST. ¡Padre!

CONDE. Me verás rogando
tu clemencia!

EST. (¡Qué agonía!)
No padre, si mi amargura
puede vuestro bien labrar...

CONDE. ¡Hija!...

EST. Yo sabré inmolar
mi vida á vuestra ventura.
Él preguntará por mí...
¡decidle que no le amé!...
¡que al jurarle eterna fe
á Dios y á su amor mentí!...

CONDE. ¡Gracias!

EST. ¡Ay! (De muerte herido
siento el corazon!)

CONDE. Estrella,
borra del dolor la huella
el tiempo que trae el olvido.

EST. Imposible.

CONDE. No.

EST. ¡Ay de mí!

CONDE. Yo con anhelo profundo
con llanto pediré al mundo
sus placeres para tí.
Renacerá tu alegría
entre el fausto y el ruido
mundanal...

EST. ¡Sólo el latido
mi alma oirá de su agonía!

CONDE. No! En la córte...

EST. Vano afan.

CONDE. El dolor muere ó se esconde.
EST. ¡Ay padre! Llevadme á donde
las almas muertas están.
CONDE. ¡Qué dices?
EST. Á mi tormento
la dicha herirá cruel.
¡Vivir sin César! ¡sin él!...
CONDE. ¡Hija!
EST. Llevadme á un convento.
CONDE. Á un convento?
EST. Entre sus muros,
y entre plegarias benditas
mis ilusiones marchitas,
mis ensueños de amor puros,
saldrán de César en pos
buscando su ardiente luz;
pero encontrarán la cruz
y la mirada de Dios!
Pronto, pues he de perderle!...
CONDE. Déjame...
(Asiéndole las manos para besárselas.)
EST. ¡Qué no le mire!...
CONDE. (¡Pobre martir!)
EST. ¡No os admire
que tenga miedo de verle.
CONDE. (Profundamente conmovido y al dirigirse á la puerta del foro por donde desaparece.)
Cuando con muda querella
su vida consagre á tí,
¡Dios!... olvídate de mí,
pero sé justo con ella.

ESCENA V.

ESTRELLA, llena de abatimiento, da algunos pasos y va á apoyarse junto á la ventana, que abre despues de su primera frase.

EST. ¡Para siempre! ¡Ahogar me siento!
—Allí se alza solitario,
como lúgubre calvario
de mi martirio, el convento!

Su vista me hace sentir
en el alma el crudo frio
de ese sepulcro sombrío
en que muerta he de vivir!
¡César, vida de mi vida!
¡Hogar que me diste abrigo!
¡Valle de mi amor testigo
no me deis la despedida!
¡Tened de mí compasion!
En medio de esta amargura,
con recuerdos de ventura
no hableis á mi corazon
No me hagais ingrata ser:
no me arrebateis la calma
que necesita mi alma
para inmolarse al deber.

ESCENA VI.

ESTRELLA, CÉSAR.

CESAR. ¡Estrella!
(Al salir viéndola llorar y corriendo hácia ella.)
EST. ¡Él!...
CESAR. No más llantos,
no más negros pensamientos,
no más callados tormentos,
no más sentidos quebrantos.
¡Tú, por qué?—Yo, ¿qué razon
me obliga á despedazar
la mente y atormentar
tu virginal corazon?
¿Yo la culpa cometí?
¡No! Pues no sufra la pena.
¡Mi amor la angustia refrena,
nazca la ventura en mí!
EST. (¡Ay!)
CESAR. No me crees porque triste
anoche, teniendo en poco
tu presencia, tu amor, loco
de esta mansion huir me viste?
Vagué errante sin consuelo:

en mi mente se encendían
rayos mil que enrojecían
las densas nieblas del cielo.
Y á su resplandor las frondas
del pinar, los altos montes,
los confusos horizontes,
del rio las turbias ondas,
todo tomaba color
de sangre, de luto y muerte;
toda la natura inerte
clamaba: «mata tu amor.»
Siguió la espantosa calma,
la oscuridad aumentando,
y en el silencio zumbando
la tempestad de mi alma.
Pero brilló el arrebol
de la bendecida aurora,
y en el alma que te adora
penetró un rayo de sol.
Y rotas las sombras ví
sobre el cielo dibujada
tu imágen idolatrada;
¡mi esperanza que está en tí!

EST. (¡Oh Dios!)

CESAR. En tí en quien cifré
mi consuelo, mi alegría
en tí, amor del alma mia
en tí, gloria de mi fé.

EST. César...

CESAR. Saldremos de aquí:
huiremos de aquí, ángel mio,
esta mansion me da frio,
me causa espanto.

EST. (¡Ay de mí!)

CESAR. Lo pasado con su ruina
produce aquí duelo eterno.
Aquí ya reina el invierno
que ahuyenta á la golondrina.
En otro espacio encontrar
podremos techo escondido,
y como el ave su nido
tejeremos nuestro hogar.

Y olvidados de la tierra
en lazo santo y fecundo
creerémos, mi bien, que el mundo
solo en nuestro amor se encierra.

EST. No, César.

CESAR. ¿Mintió mi oido?
¿No, dijiste? ¡Fué ilusion!

EST. ¡Ay! perdóname.

CESAR. ¿Perdon?...
¿Me pides perdon?

EST. Y olvido.

CESAR. Ó yo sueño, ó loco estoy.
¿Qué es lo que debo creer...
¡Olvido!—¿Por qué?

EST. Por ser
tan desdichada cual soy.

CESAR. ¿Qué yo te olvide?

EST. (¡Me muero!)

CESAR. Tú, por quien solo he vivido,
¡tú solicitas mi olvido,
ingrata!...

EST. Porque te quiero.

CESAR. Pero si al contradecirte
se declara tu ficcion.
¡Cielo de mi corazon,
no me hieras al herirte!
¿Qué intentas? Ver si la ausencia
mi firme amor ha mudado?
Si ausente de tí no he estado,
si fuistes en mi conciencia,
si jamás desaparece
tu imágen de mi deseo;
si alma de mi ser te creo,
si esta ardiente pasion crece
tan sin medida y sin tasa
que es humana y es divina
por ser luz que me ilumina
y ser llama que me abrasa.
Cese tu rigor, pues ves
que es injusto.

EST. (¡Duelo impío!)

CESAR. ¿Callas?

EST. Vence á mi albedrío
mi cariñoso interés.
Olvídame.
CESAR. ¡Oh, confusion
que me ciega y arrebata!
Cariño, interés... ¡ingrata!
y me arranca el corazon!...
Responde, aunque con enojos
mi pecho tus labios hieran.
EST. ¡Si lenguas del alma fueran
las lágrimas de mis ojos!
CESAR. Más pérfida eres que el mar,
¡oh mujer! ¡Ilusion loca!
Tabla imaginé la roca
en que me siento estrellar!
EST. Ten piedad.
CESAR. Dime siquiera
una excusa, una palabra.
¿Mi padre?...
EST. (Con vehemencia.) ¡No!
CESAR. Pues ¡qué labra
en tí el afan de que muera?
No calles, porque estallar
siento los celos en mí,
y de mi amor y de tí,
me comienzo á avergonzar.
¡Á otro adoras!—¡Franca sé!
EST. (¡Él juzgar!) ¡Por compasion...
CESAR. Quiero saber la razon.
EST. César, no te la diré.
CESAR. De ese «no» la helada calma
ya me delata el motivo.
Aquel puñal vengativo
sigue cortando en mi alma.
EST. (¿Qué dice?...)
CESAR. Olvidé el fatal
secreto que aquí se encierra:
el sepulcro que me aterra
te ha hablado al fin por mi mal.
Me crees sin honra, ¿no es cierto?
EST. ¡Jesús!
CESAR. ¿No es cierto?

EST. ¡Deliras!
CESAR. Cual Lara á Isabel me miras
de oprobio y sangre cubierto!...
EST. ¿Yo? ¡Cielos!... ¡Yo ver en él...
cuando como á Dios le adoro!
(César la ve vacilar, buscar con extraviados ojos un objeto á su alrededor en que apoyarse y caer al fin en el sitial.)
CESAR. ¡Ah!
¡Perdon! ¡perdon te imploro!
EST. (¡Cómo me ha herido el cruel!)
(Con profunda angustia y llevándose ambas manos al lado del corazon.)
CESAR. ¡Mi alma, mi vida, mi Estrella!...
EST. (¡Que opresion!)
CESAR. ¡Estrella mia!
(Postrándose á sus piés y asiendo sus manos.)
¡Cielos! Su mano está fria,
su rostro la muerte sella...
¡Oh abnegacion! ¡Oh lealtad!
Todo me lo has revelado.
El tormento te ha arrancado
el grito de la verdad.
¡Y yo te juzgué perjura!
¿Tú pudieras olvidarme?
Tú, ¡ángel mio! tú lanzarme,
siendo luz á noche oscura!...
No: ¡despierta! Ya de hinojos
anhelo ser perdonado.
Quiero recibir postrado
la bendicion de tus ojos!
(Estrella saliendo de un desmayo y extendiendo sus brazos á César.)
EST. ¡César!...
CESAR. Sí, tu César soy.
EST. ¿Qué dicha me embarga incierta?
CESAR. Es que el amor te despierta.
EST. (¡Entre sus brazos estoy!)
(Levantándose y pugnando por desasirse de los brazos de César.)
CESAR. Los que quisiste suicida
romper amorosos lazos

los han buscado tus brazos
como buscando la vida.

EST. Déjame, por compasion
César, déjame salir!

CESAR. ¿Huyes de mí?

EST. Quiero huir,
tengo miedo al corazon.
¡Alguien viene!...

CESAR. ¡Qué tormento!

EST. Adios.

CESAR. Sin alma me dejas.

EST. Hoy tendrán fin estas quejas.

CESAR. Ante el ara.

EST. (¡En un convento!)

ESCENA VII.

CÉSAR, despues LORENZO.

CESAR. ¡Cómo, amada Estrella mia,
nublaste tus resplandores!
¡Cómo tú, sol de mi alma,
quisiste hundirme en la noche!
Mas ya todo lo adivino.
No temas que nadie estorbe
nuestro bien. Y pues el cielo
unió nuestros corazones,
no á tiranas voluntades
será mi espíritu dócil;
que ley del alma es amor
y amor tu dicha me impone.

LOR. César, adios!

CESAR. Buen Lorenzo...

LOR. ¡Adios!

CESAR. ¡Qué! ¿Te vas? ¿Adónde?

LOR. No lo sé.

CESAR. ¡Lloras?...

LOR. Me aparto
de cuanto amé.

CESAR. Pero, entónces
tu despedida?...

LOR. Es eterna.

CESAR. ¡Abandonar viejo y pobre
esta mansion!

LOR. ¡Dios lo quiere!

CESAR. No comprendo qué razones
te obliguen.

LOR. ¡Qué generoso
eres, César, y qué noble!

CESAR. Habla, dí.

LOR. ¿No ha envenenado
tu pecho mi lengua torpe
al disipar tristes dudas
con negras revelaciones?

CESAR. ¡Oh! calla.

LOR. ¿Puedo mirarte
sin que mi conciencia á voces
no grite que tu infortunio
yo lo causé? ¿Puedo al Conde
acercarme sin que sienta
¡oh vergonzosos dolores!
el peso de sus mercedes
pagado con mis traiciones?
¿Puedo ya bajo este techo
vivir si todo responde
á mis ecos de amargura
con fuertes acusaciones?
No, imposible.

CESAR. (¡Pobre anciano!)

LOR. Permíteme que me postre
á tus plantas; no merezco
tus brazos.—Deja que llore.,.

CESAR. Partirás, pero conmigo.

LOR. ¡Qué quieres decir? responde.

CESAR. Que como á tí me da espanto
el hogar de mis mayores.
Que aquí vivir ya no puedo,
que busco otros horizontes
donde acaben mis pesares
y mis venturas se logren.

LOR. ¡Ah! comprendo. ¿Mas contigo
quieres que vaya? No acoge
fácilmente el desdichado
halagüeñas ilusiones.

¡No me engañes!
CESAR. Partiremos.
LOR. ¿Cuándo, César?
CESAR. Esta noche.
LOR. ¡Esta noche! Gracias, gracias.
Dios de venturas te colme.
CESAR. Las espero.
LOR. Sí, hijo mio,
aún por ventura eres jóven,
y olvidarás.
CESAR. Lo ambiciono.
LOR. ¡Cómo no! Las emociones
del combate, los peligros
son los bálsamos mejores.
CESAR. ¿Qué pretendes?
LOR. En la guerra
se curten los corazones.
¡Ah! Cuando el bélico ardor
inflama los pechos nobles,
y entre nubes de humo y polvo
la vista absorta recorre
el campo donde las huestes
disputan con recio choque
la victoria; cuando al cielo
suben airados clamores,
y el suelo en chispas se enciende
herido por el galope
de mil corceles, que humanos
muros deshacen y rompen;
cuando todo en torbellinos
de estandartes y de airones,
de arcabuces y de picas,
de espadas, mazas y estoques
se confunde; y entre el ronco
retumbar de los cañones
flota el pendon de Castilla
con victoriosos fulgores...
¿Quién no olvida? Quién ufano
á sus tristezas no opone
la gloria, el lauro, la fama,
premio de altivas acciones?
CESAR. Pero, intentas?...

LOR. Aún se lucha
de César invicto en nombre,
y en la herética Alemania
triunfan tercios españoles.
Allí iremos. Yo aunque viejo
te seguiré. No te asombre,
si escudero no te sirvo
esclavo sí.

CESAR. ¿Me propones
la guerra, y busco la calma?
Mira: ¿ves sobre aquel monte?
(Llevándole á la ventana.)

LOR. El monasterio sagrado.
Y bien, César!...

CESAR. Esta noche
allí con Estrella iremos.

LOR. ¡Comprendo! Entre rejas dobles
viven en él puras vírgenes
que con santas oraciones
piden que el amor de Cristo
todo amor mundano borre.

CESAR. No, insensato. Allí ante un ara
llena de luces y flores,
ante la Virgen bendita
y á los piés de un sacerdote,
caerémos Estrella y yo,
y serán nuestros amores
consagrados.

LOR. César... ¡nunca!
¡Esa union!... (Con horror.)

CESAR. Tus confusiones
me dan miedo.

LOR. Escucha!

CESAR. Aparta.
Anhelo inefables goces,
y eres agüero de males,
negro abismo de terrores,
para que ansiando alegrías
quiera escuchar tus razones.
Si á mi padre servir quieres
quédate aquí.

LOR. (Con angustia y horror.) César, oye.

CESAR. Si á mí servirme deseas,
en el convento esta noche.
(Sale precipitadamente.)

ESCENA VIII.

LORENZO.

No, no... ¡Jamás! Su luz pura
negara el sol, y con voces
de regocijo el infierno
aplaudiera. Pero el Conde...
¿qué ha hecho? ¿Callar? ¡Imposible!
Pues... ¡Ira de Dios! entónces
¿cómo esa pasion no ha muerto
entre vergüenza y terrores?
¡Qué mal hizo! ¡Que en mal hora
dió asilo en este hogar noble,
que de fama gloria y dichas
templo hicieron sus mayores,
á aquella niña que trajo
luto y deshonor en dote!
Tal vez piadoso juzgára
de aquella venganza enorme
lavar la culpa! Ya advierte
que su conciencia engañóle.
Yo le hablaré. ¡Pobre viejo,
no serás del crímen cómplice!
Aún es tiempo...
(Va á salir y se encuentra con el Conde.)

ESCENA IX.

LORENZO y el CONDE.

CONDE. Te hallo al fin...
LOR. ¿Cuándo me oculté, señor?
CONDE. Desde que vil delator
te has hecho.
LOR. No soy tan ruin.
CONDE. Anoche tu deslealtad...
LOR. La hora, el sitio, el sobrehumano

terror.

CONDE. Miedo de villano
que me irrita.

LOR. Á Dios culpad.
Tambien hablara ante vos
allí, (*Señalando al oratorio.*)
temí, no os asombre,
que al enmudecer el hombre
sus labios abriera Dios.
Poco dije, y bien me pesa.

CONDE. ¿Sediento estás de traiciones?

LOR. Dejad las reconvenciones,
que mayor causa interesa.
Y si en mi silencio veis
la calma para el futuro,
¡por Cristo! yo os aseguro
que ahora matarme debeis.

CONDE. ¡Me insultas!

LOR. No causo agravios
al que me dió pan y abrigo,
mas quiero estár bien conmigo,
sin infamias en los labios.

CONDE. Lorenzo!

LOR. No estoy sujeto
en esto á vos.

CONDE. ¡Me amenaza!

LOR. Nunca; pero de mordaza
no ha de servirme el respeto.

CONDE. De mi pena en el abismo
¡tú te alzas tambien!

LOR. Yo os amo,
y por eso, señor, clamo:
tened piedad de vos mismo.

CONDE. Piedad de tí á quien la muerte
por miserable no doy.

LOR. Piedad de vos, á quien hoy
por mi labio el cielo advierte.

CONDE. Habla!

LOR. Calor vuestro seno
dió aquí á un ser infortunado,
á quien animó el pecado
como á la serpiente el cieno.

Y ese ser vuestra mansion...
CONDE. Calla.
LOR. Pretende hoy manchar.
Que manchas sólo han de dar
los que culpa ó cieno son.
CONDE. Como tú.
LOR. No, como ella.
CONDE. ¿Te atreves á quien profeso
amor ardiente?
LOR. Por eso,
por eso os hablo de Estrella.
Era niña, y de mis brazos
procuré siempre apartarla,
temiendo que al abrazarla
pudiera hacerla pedazos.
CONDE. ¡Ínfame!
LOR. No olvido yo
aquella noche funesta...
CONDE. (Su rencor ¡qué manifiesta?...
¡Y ese recuerdo?...)
LOR. Yo no
olvido!
CONDE. Implacable eres.
¿Qué anhelas darme á entender?
LOR. ¡Qué ha de ser...
CONDE. Dí.
LOR. Qué ha de ser,
que Estrella...

ESCENA X.

DICHOS é ISABEL.

Isabel entra agitada y precipitadamente.

ISABEL. ¡Padre!
CONDE. ¿Qué quieres?
ISABEL. Estrella...
CONDE. Déjame! Tú
habla, dí. (Á Lorenzo.)
LOR. (Ap. al Conde.) (Delante?...)
ISABEL. ¡Ay, padre!

En el nombre de mi madre,
escuchad.

LOR. (¡Por Belcebú!)

CONDE. Déjanos.

ISABEL. Ved que sufriendo
me está el alma desgarrando.

CONDE. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Que está llorando!

CONDE. Pero...

ISABEL. ¡Que se está muriendo!

CONDE. (Á Lorenzo.) (¿Dónde vas? No te has de ir.
Empezaste, has de acabar!)

LOR. (Al Conde.) (Lo que deseo es hablar.)

ISABEL. Padre!... (No me quiere oir!)

CONDE. Sí, despues...

ISABEL. Ved mi tormento.

CONDE. Hija mia.

ISABEL. En su querella...

LOR. (¡Ira de Dios!)

ISABEL. Dice Estrella...

CONDE. ¿Qué dice?

ISABEL. Que va á un convento.

LOR. (¡Ah!) (Con extrema alegría.)

ISABEL. Piedad!

CONDE. No.

LOR. (Ap. al Conde.) (Vuestra mano.)

ISABEL. De rodillas os lo pido.

CONDE. No.

LOR. (Qué ciego y loco he sido,
¡Bendito seais!)

CONDE. (Ap. á Lorenzo.) (¡Villano!)

ISABEL. Tú, Lorenzo... (Con ademan suplicante.)

LOR. ¡Yo!

ISABEL. ¡Esto más?
¡Siempre con ella cruel!

CONDE. Vete.

LOR. Déjala, Isabel.

ISABEL. ¡César, tú la salvarás! (Váse.)

ESCENA XI.

EL CONDE, LORENZO.

CONDE. Ahora tus frases impías
vas á explicarme, traidor. (Con ansiedad.)
LOR. Ya no hace falta, señor,
va á un convento.
CONDE. (Con extrañeza.) ¡Ah! Tú sabias...
LOR. Todo.
CONDE. Mas... ¡La razon pierdo!
¿Todo? ¿Quién te ha revelado?...
LOR. La historia de lo pasado,
me abre el recuerdo.
CONDE. ¿El recuerdo?
LOR. Sí.
CONDE. ¡Qué loca confusion!
Con hondo espanto te escucho,
y por comprenderte lucho
y se ofusca mi razon. (Pausa.)
LOR. En una tienda campal
de Zahara ante el muro erguido,
velaba junto á un herido
un escudero leal.
Cuando al enfermo rendía
el sopor calenturiento
con abrasador acento
dulces nombres repetía.
Y el escudero en su afan
los escuchaba, cual blando
rumor de brisas vagando
sobre un hirviente volcan.
Nombres de aquella mansion,
de la que ansiaron la ausencia,
por dejar más rica herencia
de lauros á su blason.
Un dia .. Tened sosiego...
CONDE. Sigue.
LOR. Recibió el herido
de aquel hogar tan querido
nuevas en cerrado pliego.

Lo abrió, dió un grito cruel,
dudó; cien veces leyó;
ola de sangre cubrió
las letras de aquel papel.
Aquel escrito villano
le hiere de tal manera,
cual si una víbora fuera
que le mordiera la mano.
¡Y en verdad que era un reptil!
Detallando sitio y hora,
á la culpa más traidora
delataba el pliego vil.
Y aquella tarde los dos,
lecho y dolor olvidando,
selvas y valles salvando
marchan de venganza en pos.
Llegaron.

CONDE. (¡Atroz suplicio!)

LOR. Los dos sobre enhiesto monte
buscan en el horizonte
algun señalado indicio.

CONDE. (¡Ay de mí!)

LOR. ¡Noche espantosa!
Mares el cielo derrama
y el viento furioso brama
tronchando la selva añosa.
Con terrible eco sombrío
se oye el mugir del torrente,
y el trueno con el creciente
bronco resonar del rio.
Y los dos sobre la cumbre
esperan con vivo anhelo
que rayos fulmine el cielo,
para que su afan alumbre.
En cárdena luz bañóse
el valle... se vió un castillo;
lejos un hogar sencillo...
Todo en tinieblas hundióse.
«¡Allí» gritó el caballero,
la venganza está esperando!
¡Allí el perdon demandando!
exclamó el fiel escudero.

Y á haber de luz algun brillo,
se les viera señalar,
el caballero al hogar;
y el escudero al castillo.
No al castillo fueron, no.

CONDE. ¡Lorenzo!

LOR. ¡Tremendo instante!
Del humilde hogar delante
el caballero se halló.

CONDE. ¡Calla! (¡Se hielan mis huesos!)

LOR. Ronco el trueno retumbaba,
mientras del hogar brotaba
rumor de risas y besos.
Y al par que todo era horror
en cielo y tierra...

CONDE. (¡Ay de mí!)

LOR. Suave voz murmura allí
dulces palabras de amor.
De amor, ¡ay! brilló un acero,
se oyó un grito, despues... nada!
Entró en aquella morada
temblando el pobre escudero,
y vió una mujer inerte;
una cuna en que yacía
un ángel que sonreía
mirando fijo á la muerte,
Y un hombre mudo y sin calma,
que ante su venganza cruenta
de allí huía ¡sin la afrenta!
pero con sangre en el alma!
Vos erais el vengador,
el cadáver vuestra esposa,
Estrella la niña hermosa,
yo el escudero, señor.

ESCENA XII.

DICHOS, CÉSAR é ISABEL.

César é Isabel aparecen en la puerta del foro. Al nombre de Estrella se detienen, avanzando cuando el diálogo lo indica.

CONDE. ¡Qué Estrella!!...
LOR. En ella está impresa
la infamia que os deshonró.
CONDE. ¡Jesús!
LOR. ¡Vida recibió
del crímen de la condesa.
CESAR. (¡Ella mi hermana!) Isabel,
detente! (Ap. á Isabel.)
CONDE. ¡Jesús!
CESAR. Detente... (Ap. á Isabel.)
CONDE. ¡Mientes, villano!
CESAR. (¡Que miente?...)
LOR. ¿Yo, señor?
CONDE. Me ahoga la hiel
de tu emponzoñado aliento.
Tal vez para mi martirio
engendraste ese delirio
torcedor del pensamiento.
LOR. Vos sois quien me enloqueceis.
CESAR. (¡Qué ansiedad!)
CONDE. (¡Sueño espantoso!)
LOR. ¿Quereis tenga por dudoso
lo que por cierto teneis?
CONDE. ¡Yo!!...
CESAR. (¿Qué es esto?)
CONDE. ¿Pues no miras
la angustia en que me has hundido?
¡Que Estrella!... ¿Cómo has podido
juzgar?... No, no, si deliras!
ISABEL. (¡César...) (Bajo y en extremo agitada.)
CESAR. (¡Calla!) (Á Isabel.)
LOR ¿Delirar?
CONDE. (¿Qué va á decir?)

CESAR. No hables, no.
ISALEL. (Sí, ¡Dios mio!)
CONDE. ¿Pude yo
á mi esposa muerte dar
por Estrella?
LOR. Sí.
CONDE. Si Estrella
con rigor abandonada
por su madre fué amparada
por mí!
CESAR. (¡Ah!) (Con profunda alegría.)
LOR. Pues era ella.
Sobre su cuna caida
miré á la condesa inerte
cual si durmiera la muerte
sobre el al albor de la vida.
CONDE. (¡Cielos!)
LOR. Ví sangre brotar
de aquella helada hermosura,
y á la frente blanca y pura
de la niña salpicar.
CESAR. *(¡Qué horror!)
LOR. *Y aquella azucena
*que de carmin se teñía,
*aquel ángel en que impía
*la culpa imprimió la pena
*siempre miro. Y si en el cielo
*á aquella niña buscara,
*mi afan no me equivocara,
*no me engañara mi anhelo:
*porque viera estremecido
*brillando sobre su frente
*su nimbo resplandeciente
*de roja sangre teñido.
CONDE. ¡Ay, calla!
LOR. Esa turbacion,
señor, mi pecho sofoca.
CONDE. ¡Oyendo estoy de tu boca
mi eterna condenacion!
LOR. Pero...
CONDE. ¡Honor enloquecido!
¡Orgullo disimulado!...

¿por qué empiezas siendo amado
si has de acabar maldecido?
En esta amarga ocasion
quién sin honra se mirara!
¡quién con la infamia comprara
la paz ¡ay! del corazon!...

CESAR. (Esa angustia...)

LOR. ¡Torpe anhelo!

CONDE. Me libraran...

LOR. ¿Qué le aterra?

CONDE. Las vergüenzas de la tierra
de las justicias del cielo!
El cielo que ya me avisa
que á mi dolor no habrá espacio,
que debo sentir despacio
muerte que dí tan aprisa.
¡La luz me abrasa la mente!

LOR. ¿Por qué temblais?

CONDE. ¡Miserable!...
Porque yo soy el culpable,
y ella... ¡ella era inocente!

LOR. ¡Qué horror!

CESAR. (¡No es mi hermana!) ¡Estrella!
¡Estrella! (Gritando.)

LOR. (Viendo á César é Isabel.)
(¡Dios lo ha querido!)

CONDE. ¡César!

CESAR. Sí, todo lo he oido.

CONDE. ¡Y tú, Isabel?

CESAR. Tambien ella.

LOR. (Terrible revelacion
que hace el corazon pedazos.)

CONDE. ¡Qué me espera?...

CESAR. Nuestros brazos.

CONDE. ¡Hijos!...

CESAR. Y nuestro perdon!

CONDE. No lo merezco...

ISABEL. Sí, padre.
Mirando vuestra agonía
su bendicion os envía
desde el cielo nuestra madre.

CESAR. Ese profundo quebranto

todo, todo lo disculpa.
¡No hay pena que de á la culpa
mayor redencion que el llanto!
Cesen los duelos prolijos...

LOR. (¿Cómo recobrar la calma?...)

ISABEL. ¡Padre mio, abrid el alma
al amor de vuestros hijos!...

ESCENA XIII.

DICHOS, ESTRELLA.

CONDE. (Rechazando los brazos que le tienden César é Isabel, ante el horror que le causa la aparicion de Estrella.)
¡Estrella! Dejadme, no.
¡No hay perdon!

EST. ¡Señor...

CONDE. Por ella
no hay consuelo.

(Estrella se dirige á Isabel al mirarse rechazada por el Conde. Isabel retrocede un paso apartándose de ella tambien. Acércase á Lorenzo, y éste hace lo mismo. Despues vuélvese al Conde.)

EST. ¡Hermana!

LOR. ¡Estrella!...

EST. ¡Padre!

CONDE. Aparta.

EST. ¿Qué hice yo?

(Estrella rompe en llanto. En este instante César avanza y dice lleno de emocion y asiéndola de las manos.)

CESAR. ¿Tú? Dar ansiada evidencia
á una virtud calumniada,
á una verdad ultrajada
y á una dormida conciencia.
¿Qué hiciste? Llenar mi vida
del divino resplandor,
del más sacrosanto amor,
de la fe más bendecida!
Hacer que ya para mí
se abra el cielo y se ilumine,

y que á mi madre imagine
bendiciéndome por tí.

LOR. (Ese terror...)
(Mirando al Conde que demuestra la mayor angustia al oir las frases de César.)

CONDE. (Olvidé
mis crímenes...)

EST. (¡César mio!)

CONDE. (Ya todos hoy los expío!)

ISABEL. (Madre, de tí no dudé!)

CESAR. (Á Estrella.) ¡Viva imágen de su cruz,
hermosura idolatrada,
por su sangre consagrada
para ser fuente de luz,
pura será mi pasion
pues en tí miro un altar,
y mi amor en tí he de alzar
como férvida oracion.

CONDE. ¡Nunca!

CESAR. ¡Padre!

CONDE. Hace un momento
calmabas mis agonías;
dicha y paz me prometías
y ahora aumentas mi tormento.
Ella tambien me juró
en un claustro sepultar
la pasion que debe ahogar,
ó morir!...

EST. (Abrazándose á César.) ¡Ay César!

CESAR. ¡No!
Vedla.

EST. Ampárame: ya en mí
no cabe tanto heroismo. .
¡No me arrojan al abismo
separándome de tí!

CONDE. Lorenzo, rompe esos lazos.

CESAR. ¡Ay de él, si á tanto se atreve!
(Desenvainando la daga.)

CONDE. ¡De grado ó por fuerza!
(Lorenzo da algunos pasos hácia César.)

CESAR. (Blandiendo el arma y con el brazo extendido hácia Lorenzo.)

¡Aleve,
ven y arráncala en pedazos!

CONDE. ¿Tú contra mí? (Con amenazador acento.)

CESAR. Aunque no os cuadre.

ISABEL. ¡Ah! (Tratando de interponerse.)

CESAR. ¡Mi amor vida es de Estrella!
¡No vayais á hacer con ella
lo que hicisteis con mi madre!

CONDE. (¡Cielos!)

(Estrella se separa violentamente de los brazos de César y corre á los del Conde en los que cae desvanecida.)

EST. ¡Nunca contra vos!

CONDE. ¡Ah!

CESAR. ¡Estrella!...

(Corriendo hácia ella como para arrancarla de los brazos del Conde.)

CONDE. (Con energia.) Ni un paso des.

CESAR. Si su amor mi vida es,
¿quién podrá impedirlo?

CONDE. ¡Dios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. La puerta del oratorio está completamente abierta. En el fondo del oratorio, sobre un gran dosel de terciopelo morado, un Cristo crucificado, de escultura. Una lámpara de bronce pende del centro de la bóveda. La sagrada imágen todo lo más lejana y lo menos visible que se pueda. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y LORENZO. Isabel aparecerá de pie y abrazada á la Cruz. Lorenzo, próximo á la puerta del oratorio, contemplando tristemente á Isabel.

LOR. ¡Llora y reza! Estrecha fuerte
alma en el dolor sumida
ese árbol en que la vida
dejó vencida á la muerte!
¡Cristo! pues clemencia exhalas
y un ángel piedad te implora.
no con pena abrumadora
oprimas sus blancas alas.
*Tus abiertos brazos den
*amparo á esa criatura;
*en ellos á su amargura
*busca refugio y sosten.
¡Calma su acerbo dolor,

que á tus piés gime abrazada
como un dia desolada
lloró tu Madre, Señor!

ISABEL. (Separándose muy lentamente de la cruz y al reparar en Lorenzo.
Lorenzo...

LOR. Nada he podido...

ISABEL. ¿Insiste en su pensamiento?

LOR. ¿Cuándo tu padre un intento
por ser humano ha torcido?

ISABEL. ¡Dios mi plegaria no oyó!

LOR. Hija...

ISABEL. ¡Desdichada Estrella!

LOR. Cálmate.

ISABEL. ¿Qué va á ser de ella?

LOR. Ir tu padre me ordenó
al convento á prevenir
cuanto fuera necesario.

ISABEL. ¡Ya está alzado en su calvario
la cruz en que ha de morir!

LOR. *¡Morir ella!...

ESABEL. *Ella encerraba
*en su pecho el fuego intenso
*en que el purísimo incienso
*de su pasion se quemaba.
*Abre su pecho el dolor
*y el aroma al cielo sube,
*mas su alma irá entre la nube
*del incienso de su amor.

LOR. ¡Morir! no, Isabel.

ISABEL. Me admiro
de cómo padre, sin calma,
no ve que se va su alma
detrás de cada suspiro;
Y de cómo al contemplar
á ella de mi padre en brazos,
no adivinas que en pedazos
quiere su pecho estallar.
Pues los brazos que aliviaran
ayer sus sencillas penas
hoy son las duras cadenas
que de su bien la separan.

LOR. ¡Juventud... todo ilusion!
¡Vejez... todo realidad!
¡Ay cómo cambia la edad
los prismas del corazon!

ISABEL. Sí, morirá.

LOR. No, hija mia.
Amor, es primero fuego;
tibios resplandores luégo;
y despues ceniza fria.
Bello fantasma que nace
entre ilusorios engaños,
y que al correr de los años
á lo lejos se deshace.

ISABEL. Pasion que al alma va unida
¿quién, dí, logró separarla?
¡si al pretender arrancarla
al par se arranca la vida!

LOR. Tú, no vives?...

ISABEL. Y vivir
llamas á aquesta amargura
de vida, á la que asegura
la esperanza de morir?

LOR. Es verdad.

ISABEL. ¡Ay de mi hogar!

LOR. ¡Qué tristezas has de ver!

ISABEL. César... ¡cuánto padecer!

LOR. Y tú, ¡cuánto sollozar!...

ISABEL. Pero ¿cuál es el motivo
que á mi padre riguroso,
ni obliga por cariñoso
ni rinde por compasivo?

LOR. No sé. Por error funesto
ayer bien lo comprendiera.
Hoy, ya ignoro la barrera
que Dios á ese amor ha puesto.

ISABEL. Sombrías cavilaciones...
¡Y dice que á Estrella quiere!

LOR. ¡Oh! cuando así á Estrella hiere
tendrá muy graves razones!
*No pretendo adivinarlas
*por el miedo de sentirlas,
*ni osara jamás decirlas

si me atreviera á pensarlas!

ESCENA II.

DICHOS y CÉSAR.

César entra en extremo preocupado. Isabel al verle corre á su encuentro y le abraza. Momentos de pausa. Lorenzo los contempla.

ISABEL. ¡César!...
LOR. (En calma aparente
su irritado afan sepulta,
cual su luz el rayo ardiente
en densas nubes oculta,
para estallar de repente!)
CESAR. ¡Fortuna! (Señalando al oratorio.)
allí traicionera
diste comienzo á mis daños,
allí mi dicha primera
sembraste porque cogiera
espinas y desengaños!
¡Con sus ecos de dulzura,
turbaste mi pensamiento!
¡Mis ojos con su hermosura!
mi corazon con su aliento,
y el alma con mi ventura!
¡Mente que no has de olvidarla;
ojos que no habeis de verla;
corazon, que has de adorarla!...
¡pues todos vais á perderla,
salid todos á llorarla!... (Pausa.)
*Á quien á favorecer
*comienzas y á levantar,
*le haces, fortuna, cegar;
*pues se imagina entender
*que no le podrás faltar.
*De mi pasado contento
*por mayor rigor presumo
*que para mayor tormento,
*has hecho mis dichas humo,
*y volcan mi pensamiento!

*Ya satisfscha estarás
oyendo mis tristes quejas:
*el pensamiento me das
*porque con lo que me dejas
*sienta lo perdido más!...

LOR. ¡César!

CESAR. ¡Trance riguroso!

ISABEL. ¡Hermano!...

CESAR. ¡Triste amargura!
Viendo el bien cuán poco dura,
¿qué ser habrá más dichoso
que el que no gozó ventura?
Para nosotros un dia,
sobrepujando se alzaba
sueños de la fantasía.
¡No el sol nos iluminaba,
sí nuestra propia alegría!...
Era el rio transparente,
el valle todo era flores;
el cielo luz refulgente,
y se poblaba el ambiente
de aromas y ruiseñores.
La noche, sin niebla densa;
la aurora, como la luz
de nuestra esperanza inmensa;
amor que buscó esa cruz
para testigo y defensa.

LOR. Todo de la cruz se alcanza
cuando con fe se la implora.

ISABEL. No pierdas la confianza.

LOR. Tiene el corazon que llora
por bálsamo la esperanza.

CESAR. ¡La esperanza! No... Ya advierto
que ella alarga el padecer.
Sé que ese mal encubierto
lo que ménos puede ser
es lo que da por más cierto.

ISABEL. Calma tu doliente afan.

CESAR. ¡Esperar!... ¡Triste querella!
Mis dichas muriendo están,
y ni el consuelo me dan
de que las llore con ella!

ISABEL. ¿Á Estrella no viste?
CESAR. No.
Sólo esta gracia rogué
á mi padre.
ISABEL. Y...
CESAR. La negó;
la causa le pregunté...
LOR. ¿Y el Conde?...
CESAR. (Señalando al oratorio.) Allí me citó.
LOR. ¡Allí dices!
CESAR. ¿Qué te extraña?
LOR. ¿En ese recinto?
CESAR. Sí;
pues mi destino ¡ay de mí!
para herirme con más saña
justo es que me lleve allí.
Pero esa cruz más valor
me ha de dar y más aliento
para afrontar su rigor.
¡Ella escuchó el juramento
sagrado de nuestro amor!
ISABEL. ¡César!
CESAR. Y ó me ha de decir
tal razon que enmudecer
haga mi rudo sufrir,
ó yo no he de obedecer
leyes que me hacen morir.
LOR. Es tu padre y no hay razon...
CESAR. Es que no hay razon colijo
para que sin compasion
un padre desgarre á un hijo
por capricho el corazon.
LOR. Aunque tu pecho taladre
su ley debes acatar.
ISABEL. Sí, César.
LOR. Mal que te cuadre.
¡Hijo, Dios te va á mirar
y va á escucharte tu madre!
CESAR. ¡Mi Madre!
ISABEL. ¿Dices? (Con sorpresa.)
LOR. (Con acento solemne.)
De hinojos,

vierta dolorido llanto
el corazon por los ojos!...
Allí... bajo el Cristo santo
duermen en paz sus despojos!

ISABEL. ¡Madre!

(César é Isabel caen de rodillas junto á la puerta del oratorio.)

CESAR. ¡Mártir ignorada!...

LOR. Llorad, sí.

ISABEL. ¡Qué triste suerte
te cupo, madre adorada!

LOR. ¡Pura renaces y amada
de entre el polvo de la muerte!

CESAR. ¡Ay de mí!

LOR. De ella delante,
cuando en tierra cayó herida
quedé mudo y palpitante;
de ella el alma suspendida,
¡ella muerta y yo espirante!
No la tormenta escuchaba
ni el aterrador estruendo
conque el Arlanza saltaba
sus anchos cauces rompiendo;
yo solamente lloraba.
El cadáver levanté:
con él presuroso huí;
de una niña me acordé
que entre horror y sangre ví;
¡mas con la muerta marché!
En mis brazos la llevaba,
llanto sobre ella vertía,
y su peso me abrumaba;
¡por su culpa en que creía
y el amor con que la amaba!
Llegué al fin junto al castillo...

ISABEL. ¡Ay madre!

LOR. Abierto portillo
miré; quizá ella salió
por él, con afan sencillo,
y por él sin vida entró.
¡Hoy ya alumbra la verdad!
Hoy ya ve mi pensamiento

con horror su ceguedad...
¡Tal vez por la caridad,
mártir, perdiste el aliento!
Con solicitud clemente
fuistes á aliviar las penas
de aquel ángel inocente,
á quien ungiste la frente
con la sangre de tus venas
¡Aquí lleno de tristura
yo cavé tu sepultura,
mientras roncos vendavales
con son medroso en la altura
cantaban tus funerales!...

ISABEL. ¡Lorenzo!
CESAR. ¡Mi corazon
quiere en pedazos saltar!
LOR. ¡César!
CESAR. Me ahoga la emocion!...
LOR. ¡Tu madre te va á escuchar
bajo el Cristo del Perdon!
Si á tu pasion causa agravio
tu padre, dobla la frente.
Ella...
CESAR. ¡Destino inclemente!
LOR. Murió sin queja en el labio,
como muere el inocente.
CESAR. Mas de ese recuerdo en pos
la mente pierde la calma.
LOR. De quien se vence es la palma.
ISABEL. (¡Mi padre!) (Viendo acercarse al Conde.)
CESAR. (¡Gracias á Dios!)
LOR. (Su vista le ha herido el alma.)

ESCENA III.

DICHOS y el CONDE. El Conde ha entrado en el momento en que se indicó en la anterior escena.

CONDE. Pues vas á partir con ella
tenlo todo preparado. (Á Lorenzo.)
Hija mia...

ISABEL. (¡Pobre Estrella!)
CONDE. No te apartes de su lado. (Á Isabel.)
LOR. Señor, ved... (Al Conde señalando á César.)
CONDE. El labio sella.
(Extendiendo el brazo en ademan de que se retiren.)

ESCENA IV.

CÉSAR y el CONDE.

CONDE. Ni á mi dolor ni á mi lloroso ruego
cedió tu afan. Tus locas ilusiones
para morir demandan mi sosiego.
¡Es justicia de Dios! Yo de mí mismo
verdugo debo ser y á tus pasiones
abrir profundo abismo,
abismo aterrador ¡Tú me lo impones!
Mas ¡ay! si aun yo pudiera
suplicante vencer tu desvarío!...
Si mi angustiado corazon rindiera
la ansiedad que te abrasa, ¡César mio!
Si de tu infancia pura
evocando los dulces embelesos,
mis prolijos cuidados, mi ternura;
tus labios que se abrieran á mis besos
respetando mi pena se cerráran...
no anhelara otro bien, ¡hijo adorado!
¡Mis dichas solo en tí se comprendieran
y por Dios me creyera perdonado!
CESAR. ¿Y pretendeis que muera sin aliento
este amor infinito?
¿Que mi voz hiele y mate el pensamiento?
¿Que el torcedor tormento
no arranque al corazon un solo grito?
Vos condenais mi amor...
CONDE. (Atroz tortura!)
CESAR. Mas la razon decidme...
CONDE. Si lo evito
es que terror me causa la amargura
en que miro anegarse tu existencia.
CESAR. No os entiendo, Señor. Yo necesito

la esfinge interrogar. ¡Venga la muerte
ántes que en mi cerebro la demencia
con todos sus horrores se despierte!

CONDE. *¡Y yo que en él cifrara
*el consuelo, la paz, que tantas veces
*oh Cristo te pedí... ¡Cómo soñara
*que el apurar me hiciera
*el cáliz del dolor hasta las heces!...

CESAR. *Dios á mi afan pusisteis por barrera:
*¿Por qué Dios no bendice mis amores?
*¿Por qué con segur fiera
*cortais del alma las divinas flores?

CONDE. (Mirando al Cristo)
¡Por su boca maldices mi agonía!

CESAR. ¿Mi anhelo os causa agravios?

CONDE. No hay redencion para la culpa mia!

CESAR. Por Dios os perdonaron nuestros labios!...

CONDE. ¡Imposible!

CESAR. ¿Imposible?... Si en la esposa,
único, solo amor de vuestra alma
la existencia cifrasteis!... Sí por ella,
sólo por ella, senda deliciosa
de flores...

CONDE. ¡Calla! (Con profunda angustia.)

CESAR. Os pareció la vida.
Si vos mirábais en su imágen bella
la hermosura del cielo comprendida...
¡Si la amabais, señor, cual yo amo á Estrella!
con esa fe que inmola la esperanza
de conseguir más bien que el que se adora;
con la pasion que mira la mudanza
ú el olvido cual pena abrumadora...
¿cómo no enloquecer? ¡Padre, disculpa
tan grande amor á tan inmensa culpa.

CONDE. *No, César, ¡no!

CESAR. *La fiebre os abrasaba,
*visteis el sol de vuestra vida oculto;
*creisteis que el torpe mundo os arrojaba
*su sarcasmo feroz!... Se convertía
*en vergüenza el amor, la fé en insulto!
*Sangre y venganza, todo os parecía
*pedir de vos... y en vos sólo gritaba

el amor, que al morir muerte pedía.

CONDE. *¡Calla, por compasion!...

CESAR. *Y á ella espirante...
*¿no la visteis, señor? ¿No os sonreía?...
*Vióse adorada en el fatal instante,
*y porque era el amor quien la mataba
*á la muerte su labio bendecía!

CONDE. *¿Te gozas en mis penas? inhumano.

CESAR. *Sois inocente, padre.

CONDE. *¡Yo inocente!

CESAR. *Un vértigo, señor, de vuestra mente,
*sólo un vértigo armara vuestra mano.
*No hirió el orgullo insano,
*sino el amor.

CONDE. *Aparta.

CESAR. *El anatema
*no os alcanza de Dios!

CONDE. *¡Ilusion vana!

CESAR. *¡Padre!
(Asiéndole la mano y acercando á ella sus labios.)

CONDE. *Tu labio quema. (Retirando la mano.)

CESAR. *Vuestra afliccion suprema
*pretendo mitigar...

CONDE. *No!...

CESAR. *¡Padre mio!
*Tambien yo sufro.

CONDE. *Sí...

CESAR. *Y en vos confío.

CONDE. ¡Oye al infierno pues, aunque te aflija!...

CESAR. (¡Me estremece su voz!...)

CONDE. (¡Pena inhumana!)
Estrella...

CESAR. ¡Estrella? (Con ansiedad.)

CONDE. ¡De mi culpa es hija!
¡Esa mujer que adoras es tu hermana!

CESAR. ¡Hija vuestra! ¡Jesús! No, no lo creo,
¡aunque me lo jureis! ¡Si aún padre, os amo.
¡Si aún sin horror os veo!... [os llamo.
¡Si aún «padre,» ¿me escuchais? Si aún ¡padre!

CONDE. (¡Oh, justicia de Dios!) Pasion impura
me abrasó el corazon...

CESAR. (Con profunda amargura.) ¡Que ya en la tierra

vais á dejarme, si con sangre ó lodo
borrais mi fé, mis esperanzas, ¡todo!

CONDE. Amé, sí, á una mujer...

CESAR. ¡Loca impostura!
¡Si no os quiero creer!

CONDE. Partí á la guerra,
y en madre la manceba convertida,
dió á mi pecado acusadora vida!...

CESAR. ¡Callad, padre, callad!

CONDE. Ella inclemente,
cuando fuí en sus brazos criminales
á esconder mis terrores de homicida,
dura me rechazó.—Y á la inocente
hija de nuestro amor, que ella alejara
de su hogar al nacer, ¡fiero castigo!
á aquella niña abandonó en mis brazos
y á mi crímen dió un ángel por castigo
y dió á mi culpa indisolubles lazos.

CESAR. ¡Decidme por piedad que habeis mentido!
Por vos, por mí, ¡por mi adorada madre!
No calleis.

CONDE. (¡Ay de mí!)

CESAR. ¡No calleis, padre!
¡Misericordia para vos os pido!

CONDE. ¡Si eres tú mi tormento!...

CESAR. ¡Habeis hablado
ante la cruz y ante la tumba!—El cielo
con tremendo furor os ha escuchado
y con espanto en esa huesa fria
(Señalando hácia el oratorio.)
ha gemido un cadáver!

CONDE. (¡Triste duelo!)

CESAR. ¡Su voz ha desgarrado
de nuevo tus entrañas, madre mia!
¡Toda la eternidad se ha despertado
al eco amargo de su voz impía!

CONDE. ¡César!... ¡Hijo!...

CESAR. ¡Apartad!

CONDE. ¡Cruz sacrosanta!...
¡Piedad!...

CESAR. De ella delante
la sombra de mi madre se levanta.

para llegar á ella, vacilante
tiene que hollar su tumba vuestra planta.

CONDE. ¡Tú con rigor pronuncias mi sentencia!
¡Las furias del averno
se agitan por tu boca en mi conciencia!

CESAR. ¡Oh, niebla tenebrosa!
¡Oh profanado amor! ¡Oh caos eterno!
¡Marcar la frente de la casta esposa
con el ardiente labio en que latía
lascivo beso de la impura amante!...
¡Unir la noche con el claro dia!
Profanar el tranquilo santuario
del hogar; ¡del hogar! ¡arca que encierra
lo más dulce y sagrado de la tierra!
¡La madre! ¡Altar divino al que desciende
el soplo de la vida! ¡Cáliz puro
en el que Dios desprende
el alma, lo inmortal!... Y él, el perjuro,
¡el ara salvadora derribaba!
Él afrentando de mi madre el lecho,
«honra y virtud,» sacrílego invocaba.
(Al Conde.) ¿Teníais vos á condenar derecho?

CONDE. Dudé... en hora fatal!...

CESAR. ¡De ella dudaba!
Dudasteis porque en vos iba la culpa.
La manceba á la esposa condenaba.
¡El vicio siempre inculpa,
y es la duda del crímen siempre esclava!

CONDE. ¡Cristo! ¡respóndele! ¿Con llanto impío
la sangre de tus llagas no he secado?
Tú, sepulcro, que al fin has revelado
tus arcanos terribles... ¡sé clemente!
¡Dí si al dolor sobre tu marmol frio
no se ha rendido mi marchita frente!
¡Noches de veinte años de amargura!
Venid en torno suyo á revelarle
el suplicio tremendo de las horas
en que dí espanto á la tiniebla oscura
con mis dolientes voces gemidoras!
¡Sueño consolador, ven á contarle
que jamás á mis párpados piadoso
descendiste! Y tú, remordimiento,

¡buitre que vives sobre mí posado,
cada vez más hambriento,
siempre devorador, nunca saciado,
dí: ¿tus garras de acero no han partido
mil veces mis entrañas sin que vea
llegar la muerte, porque en sombra hundido
potro la vida de martirio sea?...

CESAR. ¡Estériles tormentos!

CONDE. Pues, malvado.
¿Que pretendes?

CESAR. ¡La vida de mi madre!
¡De Estrella la ventura!

CONDE. (¡Me estremece!)

CESAR. La calma para mí!... ¡No el hijo, el hombre
paz os pide!

CONDE. ¿Merece
mi culpa, dí, que por venganza fiera
así mi triste corazon taladre
el ser que más amé?...

CESAR. ¡Que esto os asombre!

CONDE. Seré un verdugo... ¡pero soy tu padre!

CESAR. Compendiais el infierno en ese nombre!

CONDE. ¡Infame! (Echando mano á su espada.)

CESAR. Herid: ¡y que ese acero fuera
el que mató á mi madre á Dios pluguiera!

CONDE. ¡Cielos! ¡Qué horror!!

CESAR. (Alargándole la suya desnuda.)
Si desfallece inerte
vuestra mano por él, tomad el mio!
Sangre tiene de Lara.

CONDE. Dame ¡impío!

CESAR. Con mi sangre borrad la suya odiada.

CONDE. ¡Para hundirlo en mi pecho y darme muerte!

CESAR. ¡Oh!
(Retirando el acero que acaba de ofrecer á su padre, lleno de espanto.)

ESCENA V.

DICHOS, ISABEL y ESTRELLA.

EST. ¡Jesús! (Corriendo hácia el Conde.)
ISABEL. ¡Esa espada? (Corriendo hácia César.)
EST. ¡Él contra vos!...
(Abrazada al Conde en actitud de servirle con su cuerpo de escudo.)
CESAR. ¿Tú crees!...
CONDE. ¡No, no; hija mia!
CESAR. (Corre hácia el Conde; éste al oir el grito de César, se desprende de los brazos de Estrella y abre los suyos á su hijo. Quedan ambos abrazados un instante en silencio. Isabel ha venido tambien al lado del Conde, á quien éste acaba de indicarle que se halla fatigado. Ella le ofrece su brazo, apoyado en él, salen lentamente.)
¡Padre! ¡Padre del alma!
CONDE. ¡Qué agonía! (Al salir de escena.)

ESCENA VI.

CÉSAR y ESTRELLA.

EST. ¡No por mí sufras mas! Yo no he debido
alentar tu pasion!... Al cielo plugo
que naciera infeliz. Mi humilde nombre
no puede unirse á tu preclaro escudo.
Deja que muera yo, pero da calma
al noble anciano que al bendito impulso
de caridad sublime abrió sus brazos
y amparó la orfandad y el infortunio
del ser que á sus umbrales arrojara
cual mísero despojo el mar del mundo.
¡Por compasion! no esquivo tu semblante
encuentre mi dolor; no ceño adusto
á mi llanto responda, no castigue

mi sacrificio tu desden injusto.
¡No me rechaces, no! ¡Ciega te adoro!

CESAR. ¡Tú! ¡Tú amarme!

EST. ¿Lo dudas? Fueron tuyos
los sueños de mi infancia. Fué mi alma
á tu alma unida con celeste yugo.
*Ni un solo pensamiento, César mio,
*traspasó la barrera que le impuso
*tu voluntad, dulcísima cadena
*de flores que adoraba con orgullo.
*¡Dios mio! No me escucha á mis dolores,
*él permanece indiferente y mudo!
¿Qué pretendes?

CESAR. Borrar de lo pasado
con lágrimas de hiel uno por uno
esos sueños que surgen tenebrosos
del sol nublando los destellos puros.

EST. ¿Merezco ese rigor?

CESAR. ¡Calla!

EST. ¿No adviertes
que el tormento á que ¡ay triste! me subyugo;
el pecho me desgarra? ¡Y me condenas!
¡Me condena!

CESAR. (¡Qué horror!)

EST. Porque en tributo
de gratitud y amor rindo á su padre
cuanta dicha soñé. ¡No seas injusto!
*Mírame: ¡si le debo mi obediencia!
*¡Si me venció su ruego! ¡Si de luto
*vestir no puedo el corazon que un dia
*secó mi llanto con amor fecundo!
Habla, por compasion, habla!

CESAR. En mis labios
palpitan las blasfemias con que susto
da el infierno á la gloria. No pretendas
que mancille mi voz tus oidos puros,
y que desgarre los cendales vírgenes
que envuelven tu inocencia.

EST. Tu amor juzgo
por tu misma impiedad. ¿Crees que el olvido
pueda caber en mí? ¡Yo te disculpo!
Me ves abandonar estos hogares,

y abandonarte á tí!...

CESAR. (¡Qué inmenso cúmulo
de desdichas, Señor!)

EST. Mas si te pierdo,
si de tí para siempre, César, huyo;
si dejo aquí mi bien, mis alegrías,
y en noche eterna el corazon sepulto;
no juzgues, no, que el pensamiento mio
podrá olvidarte. En los helados muros
del claustro silencioso, ante las aras,
en la lúgubre celda, en el inculto
jardin sombrío en que las flores mueren
y las aves no anidan; como arrullo
de auras del cielo, como imágen dulce
del bien perdido, como eterno culto
del alma que te adora, tú á mi lado
siempre estarás; y siempre en los efluvios
de mi ardiente pasion, como en tu ausencia,
seré feliz con el recuerdo tuyo!

CESAR. ¡Vete al convento! ¡Y si traidor un dia
profano pensamiento, haciendo insulto
á la fé consagrada en los altares
turbase tu oracion; si en el nocturno
reposo de la celda ante tus ojos
apareciese entre vapor impuro
mi imágen... ¡de mi imágen, ten espanto
y de tu pensamiento horror profundo!

EST. ¡César!

CESAR. Y llama á Dios, y hunde la frente
mal pensadora en polvo! ¡Sé verdugo
implacable de tí! No afrente al cielo
tu vírgen alma con atroz perjurio!

EST. ¡No al claustro partiré! No su recinto
profanaré sacrílega! Si nublo
con mi dicha la dicha de ese anciano,
si de mi protector el alma enluto...
¡Seré tuya!

CESAR. ¡Infeliz!

EST. Amante ó esposa,
César, tuya seré!

CESAR. ¿Qué es lo que escucho?

EST. Y lejos de este hogar dando al olvido

que de tristezas y dolor lo cubro,
la promesa de amor que tú escuchaste
¡Cristo! sabré cumplirla; ¡te lo juro!
*¡Vivir para adorarle!

CESAR. *No, ¡Dios mio!

EST. *¡Morir si he de perderle!...

CESAR. *¡Y á tí acudo...
*no la escuches, Señor!

EST. *Tú bendejiste
*nuestras almas al par!

CESAR. *¡Acento puro
*que resuena en mi pecho cual si fuera
*de la ventura embriagador augurio;
*¡himno dulce de amor!... no á tí el infierno
*te haga del cielo engañador trasunto!
¡Borra de ella mi amor!

EST. ¡Ve que me matas!

CESAR. ¡Vive para olvidar!

EST. En vano lucho
por comprenderte, ¡César! ¿Qué terrible
misterio, guardas en tu pecho oculto?
¿Qué causa, dime, tu mudanza impía?

CESAR. (Yo decirla!... ¡Jamás!)

EST. ¡No la presumo!
Mi crímen es amarte... ¡mi pecado
no poderte olvidar!

CESAR. ¿Crees que te inculpo?
No, Estrella, no.

EST. ¡Ay de mí!

CESAR. ¡Desventurada,
oyes mi voz... no miras lo que sufro!

EST. ¡No me has amado, no!

CESAR. ¿Que no la he amado?...
Si el cariño inocente, el tierno nudo
que en la niñez uniera nuestras almas
no se hubiera trocado en fuerte yugo,
en violenta pasion, ¿crees que mi dicha
hoy me causara horror? ¡Si ahora repudio
lo que más adoré, si con mis manos
del ídolo el altar fiero destruyo,
es que el Dios que adoraba me da miedo,
que cae el incienso convertido en humo!

EST. ¡Ay, qué angustia, Dios mio! ¡Yo me ahogo!
¡César! ¡Por compasion!
(Tendiendo hácia él los brazos.)
CESAR. (Repeliéndola.) En tus eburneos
brazos de nieve imaginé en mis sueños
templar el fuego de mi afan profundo;
en los besos de amor que no me diste
mi gloria compendiaba en lo futuro;
postrado ante tus plantas me miraba,
y escuchaba tu voz cual suave anuncio
de una dicha inmortal: ¡tu ser, Estrella,
era mi cielo y mi encantado mundo!
¡Todo despareció!
EST. (Sintiéndose desfallecer.) ¡César!
CESAR. Te miro
cual sombra de otro ser vago y confuso.
Resuena en mí tu voz sin armonía.
Que no hay luz en tus ojos me figuro,
é imagino los besos de tus labios
con el hielo mortal de los sepulcros.
De tu carne mi carne estremecida
huye el contacto, y con terror vislumbro
de tu frente brotar mancha de sangre
que abre un abismo entre los dos profundo.
EST. ¡Jesús!!!
(Como sintiéndose herida en el corazon, da algunos pasos vacilante, buscando con los brazos extendidos algun punto de apoyo. No lo encuentra y cae despues de la primera frase «Estrella» de César, quien correrá á ella, sosteniéndola en sus brazos.)
CESAR. ¡Estrella!... ¡Estrella!!
EST. ¡Me ha matado
la muerte de tu amor! Ya os aseguro
la paz á todos.—¡César, la promesa
que juramos á Dios verás cual cumplo!
CESAR. ¿Tú morir? ¡Isabel! ¡Lorenzo!...
EST. ¡Calla!
CESAR. ¡Padre!
EST. ¡Calla por Dios! Deja que junto
al corazon que amé, rinda el postrero
suspiro mi pasion.

CESAR. (Al golpe rudo
del destino sucumbe.) ¡Padre! ¡Padre!
mirad!
(Al Conde, que acabará de entrar en la escena.)
CONDE. ¡Hija!...
CESAR. La culpa da este fruto!

ESCENA VII.

DICHOS, el CONDE, ISABEL y LORENZO.

CONDE. ¡Hija!
EST. Recobrad la calma.
Si al amarle en mi locura
turbaba vuestra ventura,
lejos de él se va mi alma!
CONDE. ¡Tú morir!...
EST. (Llevándose las manos al pecho con honda angustia.)
¡Ay! qué opresion!...
ISABEL. ¡Hermana!
CESAR. ¡Horrible tormento!
EST. (Á César.) Olvídame.
ISABEL. ¡Estrella!
EST. (Á Isabel.) Siento
la muerte en el corazon!...
CESAR. Olvidarte yo? La muerte
cómo ha de hacer que te olvide
¡si el cielo sólo me pide
para ganarte, perderte!
(Etrella, como en extasis ase las manos de César, despues señala el oratorio. Hay un instante de silencio que lo interrumpe el toque lejano del *Angelus*. Un rayo de sol baña la frente del Cristo.)
EST. Esa inefable armonía
mi triste espíritu embriaga.
¡Himno celestial! apaga
el gemir de mi agonía!...
CESAR. ¡Estrella!
EST. ¡César! ¡Cobarde
mi alma despide á su amor

entre el divino rumor
de la oracion de la tarde!

CESAR. ¡Ay!

EST. ¿Te acuerdas? Lentamente
cual ahora el sol se ocultaba.
¡Como ahora tambien besaba
del santo Cristo la frente!
Ya se apaga su arrebol.
De sombras viene vestida
la noche!...

CESAR. ¡Sol de mi vida!
¡Te vas tambien con el sol!

EST. ¡Adios!

CONDE. ¡Ángel adorado!...

ISABEL. ¡Estrella!

LOR. (¡Muerte tirana!)

EST. ¡César!...

CESAR. (Con espantoso dolor al sentir heladas las manos de Estrella entre las suyas y soltándolas.)
¡Cielos!

EST. (Señalando al cielo.) ¡Allí!...

CESAR. (Con grito terrible de dolor.) ¡Hermana!!!
(Al oir Estrella este grito de «Hermana» como conmovido todo su ser, se levanta rápidamente. El nombre de «hermana» se lo revela todo. Todo lo ha comprendido y expresando el horror que esto le produce y como si fuera este horror el que verdaderamente la matase, exhala un grito ahogado y cae desplomada, muerta.)
Ese nombre la ha matado! (Al Conde.)

ISABEL. ¡Jesús!...
(Mirando con horror á su padre y separándose del cuadro. Ella tambien lo ha comprendido todo.)

LOR. ¿Vos!...

CESAR. ¡Muerte fatal,
tú al herirla con encono
del sepulcro has hecho trono
al amor, que es inmortal!
¡Quebró tu mano traidora
de su alma el terreno vaso!...
¡Te he perdido en el ocaso
para encontrarte en la aurora!

¡Mi bien! ¡mi cielo! ¡mi Estrella!
¡Cuanto amé!!... ¡Fiero destino!...
(Echa mano á la daga para matarse: pero simultáneamente en su rápido movimiento, ve al Cristo y lleno de profunda fé y esperanza, exclama:)
¡No! ¡Me cerrára el camino
del cielo donde está ella!

CONDE. ¡Hijo!...

CESAR. Vos, padre, á llorar!

LOR. (¡Qué angustia!)

CESAR. (Á Lorenzo.) ¡Calma el sufrir!
¡Tú, pobre hermana, á rezar!
(El Conde al fondo se apoya en Lorenzo y lloran juntos. Isabel cuando el diálogo lo ha indicado, se arrodilla á los piés de la Cruz á orar. César se acerca á Estrella, se hinca de rodillas á su lado, la besa en la frente y dice.)
¡El soldado á conquistar
el consuelo de morir!...
(Cuadro. El telon cae lentamente.)

FIN.

DOS PALABRAS.

Los autores se creen obligados á rendir público testimonio de gratitud, á las Stas. Mendoza Tenorio y Gonzalez Calderon, y á los Sres. Calvo y Vico, por el cariñoso interés que les mereció su humilde obra, Bajo el Cristo del Perdon.

Y al mismo tiempo aprovechan gustosos la ocasion de dar las gracias al Sr. Vico, por haberse prestado, accediendo á compromisos de amistad, á desempeñar el papel de Lorenzo, en el cual demostró, que para los actores de su talento, no existen papeles donde no se puedan cosechar aplausos.

Obras de D. Cárlos Jimenez Placer.

El último suspiro, drama en cuatro actos, original y en verso.
Pablo el pescador, drama en tres actos, original y en prosa.
Hernan-Cortés, drama en un acto, original y en verso.
El meson de Paredes, en un acto, original y en verso.

El Ángel de los recuerdos, novela original.
El Marqués del valle, novela histórica.
Ana de Lagrange, biografía.

Obras de D. Manuel Cano y Cueto.

Crónica de la capital, revista en un acto (1).
La gitanilla de Sevilla, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Monfort.
Guerra al extranjero, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Monfort.
Los rosales de Mañara, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Cereceda.

Leyendas y tradiciones de Sevilla, en verso, un tomo.
La mano blanca, leyenda en verso, un tomo.
Doña Maria Coronel, Cualquier cosa, versos, un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis Montoto.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

hanteuse par amour....	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
on paz y ventura......	1	Navarro y Nieto....	L. y M
l gran artista......................	1	Cuartero y Ferrer ..	L.
eloise et Abelard..................	1	D. H. Litolff..........	M.
a cachucha..........................	1	Sres. R. L. P. de Guzman y C. Mangiagalli. .	L. y M.
a mejor venganza...................	1	Ruesga, Prieto, y Espino .... $1/2$ L. y $1/2$ M.	
a chamor du primtems..............	1	D. Robert Planquette . .	M
a esquina del Suizo......	1	Sres. Perrin y Nieto. .	L. y M.
a jeunesse de Beranger............	1	D. Robert Planquette. .	M.
a saint Nicolás!....................	1	Robert Planquette. .	M.
e chevalier Gaston.................	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
es Rendez vous galants............	1	D. Robert Planquette. .	M.
ata moros...........................	1	Navarro y Caballero.	L. y M.
onomanía musical..................	1	Perrin y Nieto......	L. y M.
emnon...............................	1	C. Grisart..........	M.
aille d'avoine.	1	Robert Planquette. .	M.
cio, Adan y Compañía..............	1	Liern y Mangiagalli.	L. y M.
ñoritas de Conil...........	1	R. L. P. de Guzman.	L.
amour et son carquois..............	2	Ch. Lecocq.	M.
orinda.	3	J. J Jimenez Delgado	L.
eliodora ó el amor enamorado.......	3	J. E. Hartzenbusch..	L.
Boite de Pandore................	3	H. Litolff..	M.
calle de Carretas...	3	R. G. y Santisteban.	L.
s noces de Fernande...............	3	Louis Deffes........	M.
s voltigeurs de la 32me............	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.......	L. y M.
niche...............................	3	Marius Bouliard....	M.
fiancée du roi de Garbe...........	4	H. Litolff..........	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado,* Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía,* Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler,* calle de las Infantas, núm. 18, y de los *Sres. Gaspar,* editores, calle del Príncipe, núm. 4.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora,* Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné.*—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.